



EL PAN NEGRO



HACER MEMORIA

Hacer Memoria es una colección de guías prácticas orientadas a personas de edad adolescente, promovida por la Secretaría de Estado de Memoria Democrática (SEMD) y coordinada por Antonio Lafuente y Francisco Ferrándiz, ambos investigadores del CSIC.

Hacer Memoria representa un esfuerzo amable por hacer más porosas las fronteras entre lo que pasa y lo que nos pasa, entre lo que ocurre en el aula y lo que sucede en la urbe, entre lo que aprendemos en los libros y lo que aprendemos en la vida, entre la necesidad de imaginar el futuro y el imprescindible conocimiento crítico del pasado.

Hemos encargado las guías a personas con conocimiento probado sobre cada uno de los temas. Pero no les hemos pedido que hagan un juicio definitivo de situaciones pretéritas y zanjen de una vez lo que pasó. Les hemos pedido que nos enseñen a convivir con asuntos ciertamente tristes, oscuros y latentes del pasado, siempre insidiosos y nunca olvidados.

Nuestra propuesta aspira a presentar un conjunto de textos accesibles y de fácil lectura. Queremos que se usen en los institutos y que sea el alumnado adolescente quien asuma la tarea de construir ese espacio colaborativo, colectivo, abierto, inclusivo, experimental, fragmentario e incompleto que llamamos memoria.

Diseño: Rodrigo López Martínez

Maquetación: Editorial MIC.

CRÉDITOS

Edita: Ministerio de Política Territorial y Memoria Democrática



Textos: Julián López García y Lorenzo Mariano Juárez

Foto portada: Niñas comiendo en el Auxilio Social de Albacete. Archivo Provincial de Albacete

Catálogo de publicaciones de la Administración General Del Estado

<https://cpage.mpr.gob.es/hacermemoria/>

NIPO (edición online): 127-24-054-X

Fecha de edición: Diciembre 2024

QUIÉN HACE ESTA GUÍA

JULIÁN LÓPEZ GARCÍA



Catedrático de Antropología social y cultural en la Universidad Nacional de Educación a Distancia.

Su actividad investigadora se ha centrado básicamente en el ámbito geográfico de la América indígena y en las líneas de la etnicidad, la violencia, el hambre, los símbolos en la comida y la mitología y el ritual amerindio, investigaciones basadas en trabajos de campo en poblaciones indígenas de Guatemala (mayas-ch'orti'), Bolivia (aymaras), Nicaragua (garífunas), Ecuador (kichwas), Perú (quechuas) y Colombia (emberas y mokanas). En España he realizado investigaciones de campo en las Hurdes, el Valle de Alcudia y la provincia de Ciudad Real sobre los mismos asuntos, sobre memoria de la represión franquista y sobre las representaciones e ideologías en torno al amor y la muerte. Es director del Centro Internacional de Estudios de Memoria y Derechos Humanos y Presidente de la sección de Antropología, Filosofía y Pensamiento de la Academia de Humanidades y Ciencias Sociales de Castilla La Mancha.

LORENZO MARIANO JUÁREZ



Profesor Titular de Antropología Social en la Universidad de Extremadura. En la actualidad es Coordinador de Relaciones con Iberoamérica de la International Commission of Anthropology of Food and Nutrition (ICAF) y Secretario del Comité Editorial de la colección De Aquí y de Allá. Fuentes Etnográficas (CSIC). Ha sido Subdirector de la Oficina de Cooperación al Desarrollo y el Voluntariado de la Uex durante dos años. Es autor de más de 160 de publicaciones que incluyen artículos científicos, libros y capítulos de libro y ha participado como revisor de revistas de ciencias sociales y humanidades. Premio Extraordinario de doctorado, fue el ganador de la segunda edición de Premio a la mejor Tesis Doctoral del Grupo G9 de Universidades. Ha sido Profesor visitante en la Universidad San Carlos de Guatemala y Visiting Scholar en Center for Human Rights and Peace Studies, en CUNY, New York. Ha centrado su investigación en los análisis culturales del hambre y la desnutrición, la antropología de la alimentación y la antropología de la salud.

HACER MEMORIA

EL PAN NEGRO

Conocidos en la memoria colectiva como “los años del hambre” o “el año del hambre”, se calcula que en los años posteriores a la Guerra Civil española murieron 200.000 personas a causa del hambre o de las enfermedades asociadas. Atendiendo a la magnitud de las cifras, debemos hablar de la “hambruna española” del siglo XX. Se trata de un periodo de retraso en el crecimiento económico sin comparación en la historia contemporánea europea. Durante la década de 1940, el consumo medio por habitante y día se situaba en torno a las 1500 calorías, y no sería hasta 1951 que se alcanzarían las 2000, muy por debajo de las necesidades básicas.



LA QUIMERA DE LA AUTARQUÍA

El régimen franquista elaboró un eficaz relato para explicar sus dificultades económicas que las hacía descansar en las causas ecológicas –“la pertinaz sequía”–, y en las políticas externas -el aislamiento internacional y de bloqueo comercial durante la Segunda Guerra Mundial. Por supuesto, también se culpó a la herencia recibida del anterior gobierno republicano y el saqueo “de las hordas marxistas”. Con el tiempo este discurso se asentó como canónico y, tras la llegada de periodo desarrollista, se afianzó un relato que convertía en salvador al gobierno de Franco. Los historiadores, sin embargo, ven las cosas de otro modo. En realidad, los problemas se multiplicaron debido a la política económica personalista, la Autarquía, que el dictador Francisco Franco impuso. Las bases de este modelo económico -una pretendida independencia económica basada en el autoabastecimiento, el intervencionismo y el control total de la producción y el mercado, más la monetización de la deuda o la preponderancia de la industria sobre el sector agrario, resultaron en el enorme fracaso, como revelan los indicadores económicos.

LA INSTRUMENTALIZACIÓN POLÍTICA DE LA AYUDA

En mayo de 1939 se decreta el control de la distribución de alimentos y las cartillas de racionamiento con el objetivo de contener una demanda mayor que la producción y la consecuente inflación de precios. Junto con las acciones del Auxilio Social y sus labores de beneficencia, constituyeron una parte central de la acción social del Régimen. Sin embargo, estas instituciones fueron empleadas como instrumentos políticos para la transmisión ideológica y un control eficaz de la población.



ESTRATEGIAS DE SUPERVIVENCIA

Ante la escasez de recursos y la ineficacia de las acciones del gobierno, la población puso en marcha una serie de recursos y estrategias de supervivencia. Aumentaron los hurtos famélicos y la realidad del estraperlo, en un tiempo donde los productos alimentarios se adulteraban, mezclando la harina de trigo con otros granos o echando agua a la leche. Las gastronomías de la escasez de estos años construyeron nuevos recetarios en que se aprovechaba lo que estaba disponible, haciendo de la necesidad ingenio y virtud.



AUTORES



Julián López García es Catedrático de Antropología social y cultural en la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Es director del Centro Internacional de Estudios de Memoria y Derechos Humanos y Presidente de la sección de Antropología, Filosofía y Pensamiento de la Academia de Humanidades y Ciencias Sociales de Castilla La Mancha.



Lorenzo Mariano Juárez es Profesor Titular de Antropología Social, Universidad de Extremadura. En la actualidad es Coordinador de Relaciones con Iberoamérica de la International Commission of Anthropology of Food and Nutrition (ICAF) y Secretario del Comité Editorial de la colección De Aquí y de Allá. Fuentes Etnográficas (CSIC).

ÍNDICE

QUIÉN HACE ESTA GUÍA	4	
INFOGRAFÍA	7	
INTRODUCCIÓN	9	
1. LA QUIMERA DE LA AUTARQUÍA	12	
2. CARTILLAS DE RACIONAMIENTO	18	
3. EL HAMBRE EN CARNE PROPIA	22	
4. GASTRONOMÍAS DEL HAMBRE	28	
5. LOS ESTIGMAS DEL HAMBRE	35	
6. MENOS FRANCO Y MÁS PAN BLANCO	41	
OTROS EJEMPLOS	45	
LA MEMORIA DEL HAMBRE HOY	46	
HAMBRES PASADAS	50	
HAMBRES DEL PRESENTE	53	
INICIA TU PROPIO PROYECTO	58	
CONSEJOS	62	
RECURSOS	65	

INTRODUCCIÓN

Muchos españoles de generaciones más jóvenes habrán escuchado de padres o abuelos una frase parecida a esta: “¡tenías que haber vivido el año del hambre!”. El *año* o *los años del hambre*, vinculados a la década de 1940, han deambulado en la memoria colectiva de millones de españoles, construyendo un espacio social cercano al mito, pero que en realidad ofrece una lacerante realidad histórica de escasez y sufrimiento. La historiografía ha abordado de manera profusa la etapa inicial del primer franquismo. Hasta hace poco tiempo, no obstante, el análisis del hambre de posguerra estaba marcado por el vacío y cierta desatención. Pareciera como si la memoria de este tiempo estuviera construida a partir de la vergüenza y el silencio, también para la academia.

Gran parte de los relatos de experiencia sobre aquellos años comienzan con palabras parecidas: “mi familia no pasó hambre..., poco, poco, pero teníamos algo que comer, pero hubo otros muchos que si pasaron mucha hambre”. Se pasó mucha hambre, y en aquella España no tan lejana, se murió de hambre. Algunos historiadores han indicado que las muertes relacionadas con el hambre, la desnutrición y las enfermedades carenciales o las intoxicaciones alimentarias asociadas superaron, al menos, la cifra de 200.000 fallecidos. Los años del hambre constituyen, en realidad, como ha asentado el historiador Miguel Ángel del Arco, el tiempo de la hambruna española.

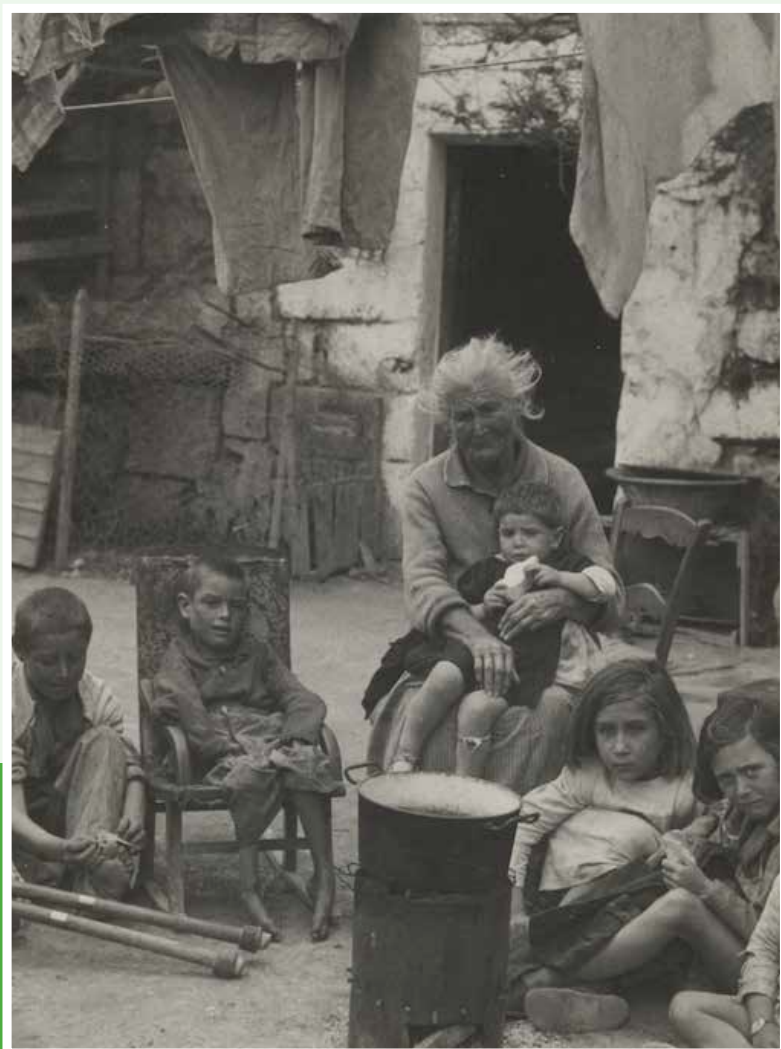


Foto1: Hambre en España 1940. Archivo General de la Administración del Estado Dominio Público (D.I.).

El hambre en España venía de lejos. A finales del s. XIX el diario satírico *La Araña* destacaba las plagas, de todo tipo, que asolaban al país: el oscurantismo carlista, la prensa manejada por el gobierno, el desgobierno, la deuda y los impuestos, el cólera, la filoxera, la plaga de langostas, la miseria y el hambre... un hambre que llevaba a representar una imagen de autofagia... como las escenas que había descrito Delumeau sobre la desesperación por hambre en la guerra de los 30 años: "aquello que no osaríamos decir si no lo hubiéramos visto, y que causa horror: se comían sus propios brazos y manos y morían de desesperación".

.....
...las muertes relacionadas con el hambre, la desnutrición y las enfermedades carenciales o las intoxicaciones alimentarias asociadas superaron, al menos, la cifra de 200.000 fallecidos.

Con la llegada del s. XX algunas de esas plagas desaparecieron, pero una nueva plaga, la inflación, entra en escena y provoca la subida de productos alimenticios básicos como el pan, el bacalao o las patatas que incrementan su precio en casi un 50% en pocos años, al tiempo que los sueldos de los trabajadores permanecen inamovibles. La solución alternativa a esta situación fue la emigración a otros países de las clases menos favorecidas: en las dos primeras décadas del s. XX unos 2,5 millones de españoles emigraron a América. Pero eso no logró acabar con el mal del hambre en España.

La segunda República a partir de 1931 intentó revertir esta situación con una serie de leyes de acción socioeconómica. Pero quizás la de mayor protagonismo en la época fue la Ley de Bases para la Reforma Agraria, promulgada el 9 de septiembre de 1932. La reforma agraria era una de las principales demandas sociales de la época. En ella se estableció la creación de un "inventario de tierras expropiables" por el Instituto de Reforma Agraria, que servirían para asentar a los campesinos sin tierras de cada municipio, previa inscripción en un censo del que se encargaban las Juntas Provinciales Agrarias. Esta reforma tardó al menos un año en poder llevarse a cabo y no



Plagas de que pronto, a España - quiere ver libre LA ARAÑA

Foto 2: Plagas de las que España quiere liberarse (1885) Fuente Wikimedia Commons.

consiguió la satisfacción de todas las expectativas que había despertado en los sectores menos favorecidos.

.....
La solución alternativa al hambre fue la emigración a otros países: en las dos primeras décadas del s. XX unos 2,5 millones de españoles emigraron a América.
.....

Las leyes e intentos de mejora no lograron afianzarse y el estallido de la guerra civil hizo imposible la normal aplicación y puesta en marcha de esta ley y otros programas reformistas de carácter socioeconómico.

Terminó la guerra y el hambre se extendió por todos los territorios de España afectando sobre todo a los más pobres y a los vencidos en la guerra. Las promesas de

“ni un hogar sin lumbre ni un español sin pan” que llegaron a ser impresas en las bolsas de pan que el bando franquista arrojó en la retaguardia republicana y repitió después del 1º de abril de 1939, terminaron en propaganda que quedó lejos de cumplirse.

Resulta chocante ver cómo al mismo tiempo que se extendía el hambre por todos los rincones del país las élites vencedoras hacían acopio de víveres y vivían en una burbuja de glotonería y acaparamiento.

Las imágenes de los pobres hambrientos salían poco a la luz y, en cambio, se repetían en los medios machaconamente eslóganes que hacían referencia a la providencia benefactora del Caudillo y a cómo supuestamente con su victoria había traído pan y trabajo. Se negaron aquellas imágenes de las carencias de los vencidos y desfavorecidos y en cambio la prensa y el nodo retrataron en decenas de ocasiones a Franco recibiendo alimentos en rituales de acción de gracias como si de un personaje divino se tratase.

Foto 3: Suplemento Tierra y Libertad, junio 1933. D.P.

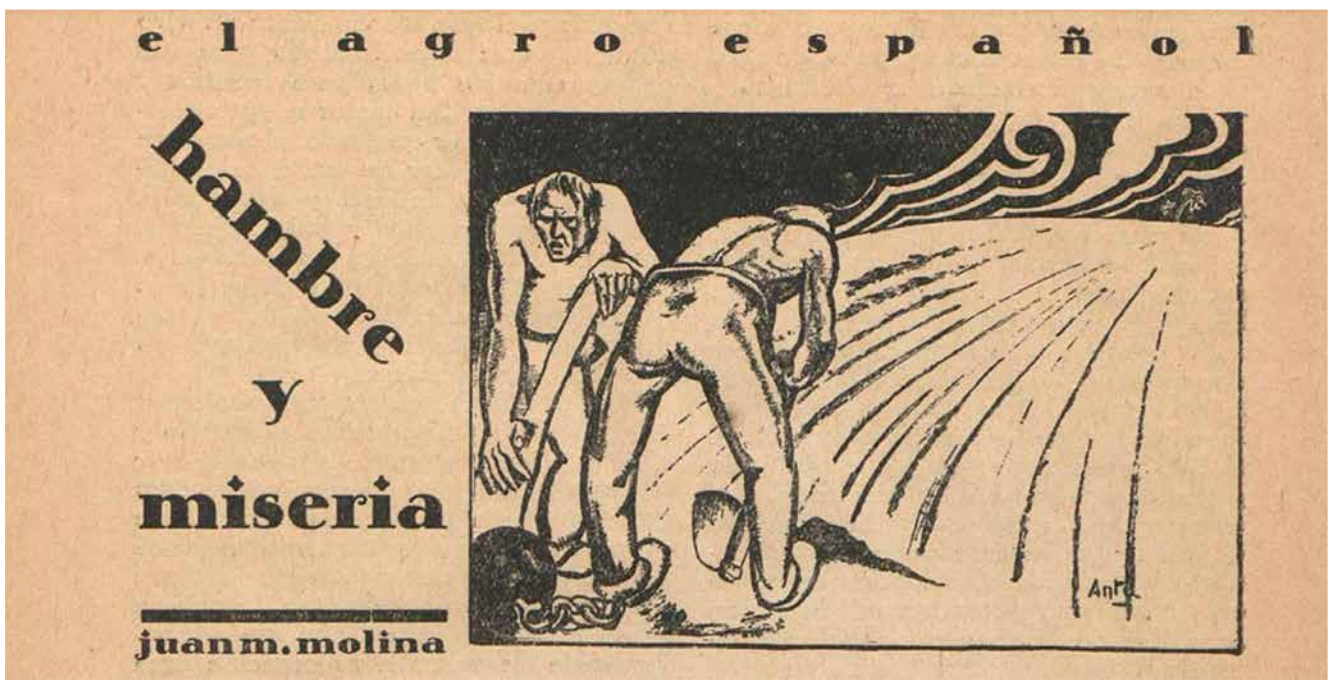


Foto 4: Visita de Franco a Tolosa (1948). Fototeca Kutxa.



LA QUIMERA DE LA AUTARQUÍA

1

Los primeros años del régimen franquista están marcados por unos dramáticos indicadores económicos. Se produjo el hundimiento del Producto Interior Bruto, un fuerte descenso de la renta familiar y un abatimiento del Índice de Producción Industrial. Por ilustrar esta situación con algunas cifras, hasta que la política autárquica desapareció, la renta de los españoles cayó un 23%-25% respecto de la de antes de la guerra en tanto que los precios se habían incrementado en un 25%. Los tiempos del hambre fueron tiempos de inflación, de precios prohibitivos, de productos escasos y fuera del alcance para muchos.

El propio Gobierno se vio obligado a reconocer entonces que, en relación a 1935, la vida era de entre dos y media a tres veces más cara. España llegó a presentar sus peores datos macroeconómicos de todo el siglo XX y se convirtió con ello en uno de los países más pobres y subdesarrollados de Europa. Las cifras de mortalidad infantil alcanzaron en 1941 los 150 por 1000 en el territorio nacional, hasta 235 en lugares como Extremadura. Los años del hambre son años de retraso en el crecimiento económico sin comparación en la historia contemporánea europea. Tiempos de alza

de precios y salarios bajos que elevaron notablemente el coste de la vida, dificultando el poder poner comida en la mesa. O haciendo que esta fuese escasa y de mala calidad nutritiva y emocional.

Mucho se ha escrito sobre las causas de esta terrible situación. Durante el primer franquismo (1939-1951), el régimen construyó un relato para explicar las dificultades económicas encuadrado en las causas ecológicas –“la pertinaz sequía”–, y las políticas externas –el aislamiento internacional de mediados de década y bloqueo comercial durante la Segunda Guerra Mundial– e internas – el periodo republicano y, sobre todo, las consecuencias de la guerra: la pérdida de fuerza de trabajo, la destrucción de recursos productivos y una infraestructura desecha–, que hacía recaer la responsabilidad en algo ajeno al gobierno de Franco. Se ha sugerido que este relato justificativo buscaba exonerar al Estado franquista de la situación tanto como la estabilidad de la dictadura mediante la transmisión de valores afines a la España victoriosa.

La propaganda franquista encontró en la herencia del enfrentamiento armado la explicación tanto como la atribución de responsabilidades al enemigo: la “guerra de liberación” contra las “hordas marxistas” había costado, en los cálculos más modestos, un billón de pesetas, un agujero económico generado por “el despojo del oro” o la desaparición de 35.000 yuntas”. En esta versión del relato, el Tesoro Público se



Foto 5: El Santo Cristo de La Seo, en la gran rogativa 'pro lluvia' que se celebró en Zaragoza el 28 de noviembre de 1948. Archivo Herald de Aragón.

Con motivo de la pertinaz sequía que estamos atravesando y para implorar a la Virgen, para que nos mande agua que evite la sequía de nuestros campos, por petición de numerosos vecinos y con el permiso de las autoridades civiles y eclesiásticas ha sido trasladada desde su Santuario a la Iglesia Parroquial nuestra Patrona la Santísima Virgen de la Sierra, siendo verdaderamente emocionante ver como los hijos de Villarrubia, en los momentos de apuro, acuden con verdadera fe y devoción a pedir a su Santa Madre el agua de que tan necesitados estamos.

Nuestra Madre, que como toda buena Madre, jamás abandona a sus hijos, esta vez también atenderá nuestra súplica y pedirá a su Divino Hijo ese ruego nuestro que por su mediación hacemos para que Dios de a nuestros campos el agua necesaria, para que impida la ruina que nos amenaza.

Desde hace mucho tiempo y por nuestros sacerdotes, se nos está previniendo por el castigo a que estamos expuestos por el abandono en que tenemos precisamente a esa Madre. Pero la Santísima Virgen es una Madre única, y no toma en consideración estos pecados de sus hijos, de estos hijos de Villarrubia que sabe que a pesar de todas esas faltas y de todas estas cosas que hacemos en contra de lo que Dios nos manda, la llevamos siempre en nuestro corazón y todos en general tenemos, siempre un recuerdo para nuestra "Morenita".

Que la Santísima Virgen interceda por nosotros acerca de su adorado Hijo y que esta sequía, sirva para que nosotros demos a la Virgen que somos dignos hijos de ella, cumpliendo fielmente nuestros deberes de españoles que es decir católicos, que esto agradecerá mucho más a la Virgen que todos vivos que le podamos dar".

(Diario Lanza, 8-2-1944)

encontraba expatriado o dilapidado, ubicando la responsabilidad de la ruina económica del país en la guerra y sus efectos.

Los ciudadanos no cesaban de leer en la prensa los datos de las 250.000 viviendas derruidas (el 8 por ciento del total); los 74.700 vagones de ferrocarril destruidos; las carreteras y los puertos marítimos arrasados; la pérdida del 30% de la campaña vacuna y lanar; o el dramático daño de la superficie sembrada que descendió a 8 millones de hectáreas de trigo respecto de las 11 cultivadas en 1935, de acuerdo con las fuentes historiográficas.

Existe un elevado consenso en que ni los estragos de la guerra ni la situación climática ni la presión internacional pueden explicar por sí solos las cifras de aquella terrible situación. Manuel Vázquez Montalbán definió en *Diccionario del Franquismo* la "pertinaz sequía" como la "fórmula expresiva y coartadamente meteorológica muy utilizada por Franco para justificar la difícil reconstrucción del país después de la guerra". A pesar de que la prensa recogía de manera repetitiva la retórica de las sedientas tierras se organizaban rogaciones en muchos lugares del país. Sugiriéndose que la sequía era un castigo por ser malos cristianos.

.....
La explicación de la hambruna española más señalada hace descansar la responsabilidad en la política económica personalista que el dictador Francisco Franco llevó a cabo, conocida como Autarquía.

A pesar de que no se produjo una situación excepcional en las mediciones pluviométricas en esa década, el discurso caló en la sociedad e incluso en la visión de la diplomacia de países como Francia o Inglaterra. Los problemas de aquella España, la situación de hambre, residía, como siempre, en variables políticas. Un republicano que había estado preso explicaba así la situación: "¿quiere usted que le diga lo que pasa ahora en España? (...) El que no muera fusilado se muere de hambre y el que logra esquivar [ambos] se muere de asco al ver las cosas que están pasando (...) aquellas lentejas asquerosas que nos hartábamos de comer durante la guerra son hoy un sueño dorado y el arroz es un artículo que ha pasado a la Historia".

La explicación de la hambruna española más señalada hace descansar la responsabilidad en la política económica personalista que el dictador Francisco Franco llevó a cabo, conocida como Autarquía. La Autarquía se inicia el 5 de junio de 1939, fecha en la que se expusieron las ideas básicas de economía de Franco en un documento que,

EL TIEMPO QUE HACE
 Datos de Cartula. — Temperatura máxima de ayer, 7,5 grados a las 15,45 horas; mínima, 3 a las 7,30. Precip. 1.000 milímetros. Sol, sale a las 7,57 y se pone a las 18,3.
 Datos de Madrid. — Tiempo probable: Caluenda, Levante y Andalucía, aumento de la nubosidad y tendencia a empeorar el tiempo.
 Temperaturas: Máxima de 16 en Murcia, mínima de 4 bajo cero en Cuenca. — (Logos.)

Viernes, 19 de noviembre de 1943

IDEAL

AÑO XII - Granada. Edición y Admón. Acera del Casino, 27 - N. 8.497

DOS BARCOS CON TRIGO, CARNE CONGELADA, NITRATO, ETCETERA, LLEGAN A BILBAO

BILBAO, 18.—Han llegado el «Cabo de Hornos», procedente de Sudamérica, con 3.500 toneladas de trigo argentino, carne congelada y otras mercaderías, y el «Motomara», procedente de Filadelfia, con cinco mil toneladas de nitrato, aceites lubricantes y semillas. —LOGOS.

Durante la procesión de rogativas comenzó a llover y después nevó



Una solemnidad severa y emocionada, impresionante por su carácter de suplica del pueblo atribulado, se celebró ayer la procesión de rogativa por la lluvia y por la paz, con las imágenes de Nuestra Señora de las Angustias, San Miguel, San Cecilio y San Juan de Dios. Se dio la nota bien singular de que, apenas la procesión en la calle, empezó a llover. Damos un aspecto del paso de Nuestra Patrona por Puerta Real y un grupo de espectadores del religioso desfile refugiado bajo paraguas. —(Torres Molina.)



A las cinco de la tarde, cuando comenzaba a salir la procesión de rogativa del templo de las Angustias, para pedir la terminación de la sequía y la paz del mundo, cayeron las primeras gotas. A las cinco y media de la tarde, hora exacta en que nuestra Patrona sale por las puertas de su Basílica, para ser aclamada por la multitud, una ligera nevada cayó sobre la ciudad, nieve que se hizo lenta lluvia durante el paso del cortejo religioso por las calles y que en el preciso instante de salir la Virgen en la Catedral se convirtió en fuerte aguacero que continuó hasta las primeras horas de la noche, en las que seguía nevando. Anoche seguía el cielo totalmente entablado y con vientos fuertes. En la procesión figuraron además las sagradas imágenes del Patrón de Granada San Cecilio, el copatrono San Juan de Dios y San Miguel, que habían sido llevados procesionalmente desde sus respectivas iglesias. La romería religiosa partió del templo de las Angustias y a las seis y media había su entrada en la Basílica metropolitana.

La aglomeración de fieles en las puertas del templo de Nuestra Señora al salir la procesión era extraordinaria y en ambos lados del paseo central de la Carrera estaban formados los niños de las escuelas del Ave María, escuelas nacionales y particulares y gran muchedumbre.

Abrían marcha en el cortejo religioso la guardia municipal y seguían la cruz de la Basílica de San Juan de Dios y la representación del clero de la Basílica. Integramente...

LA MUCHEDUMBRE LLENO LAS CALLES Y LA CATEDRAL

LAS IMAGENES DE NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS, SAN MIGUEL, SAN CECILIO Y SAN JUAN DE DIOS FIGURARON EN LA PROCESION

EN LA CATEDRAL COMENZARON LOS CULTOS DEL OCTAVARIO POR LA LLUVIA Y POR LA PAZ

finalmente, firmó el 9 de octubre del mismo año bajo el nombre de "Fundamentos y directrices de un plan de saneamiento de nuestra economía armónico con nuestra reconstrucción nacional".

El "Nuevo Estado" se vio inundado por un complejo sistema legal y burocrático cuya máxima aspiración era desplazar, para siempre, al antiguo sistema de tipo liberal. Se conformó entonces una política económica delimitada por ideas como el honor, el heroísmo, la abnegación o la religiosidad. Las características de esta particular y personalista manera de entender la economía fingían sostenerse en una pretendida independencia económica y el autoabastecimiento, el intervencionismo y el control total de la producción y el mercado, la autoridad, la monetización de la deuda o la preponderancia de la industria sobre el sector agrario. El discurso del régimen se envanecía de la autosuficiencia, convencido de los incalculables recursos naturales que el país poseía.

El orgullo nacional, la autosuficiencia y la independencia económica eran la clave para aislar a España, según

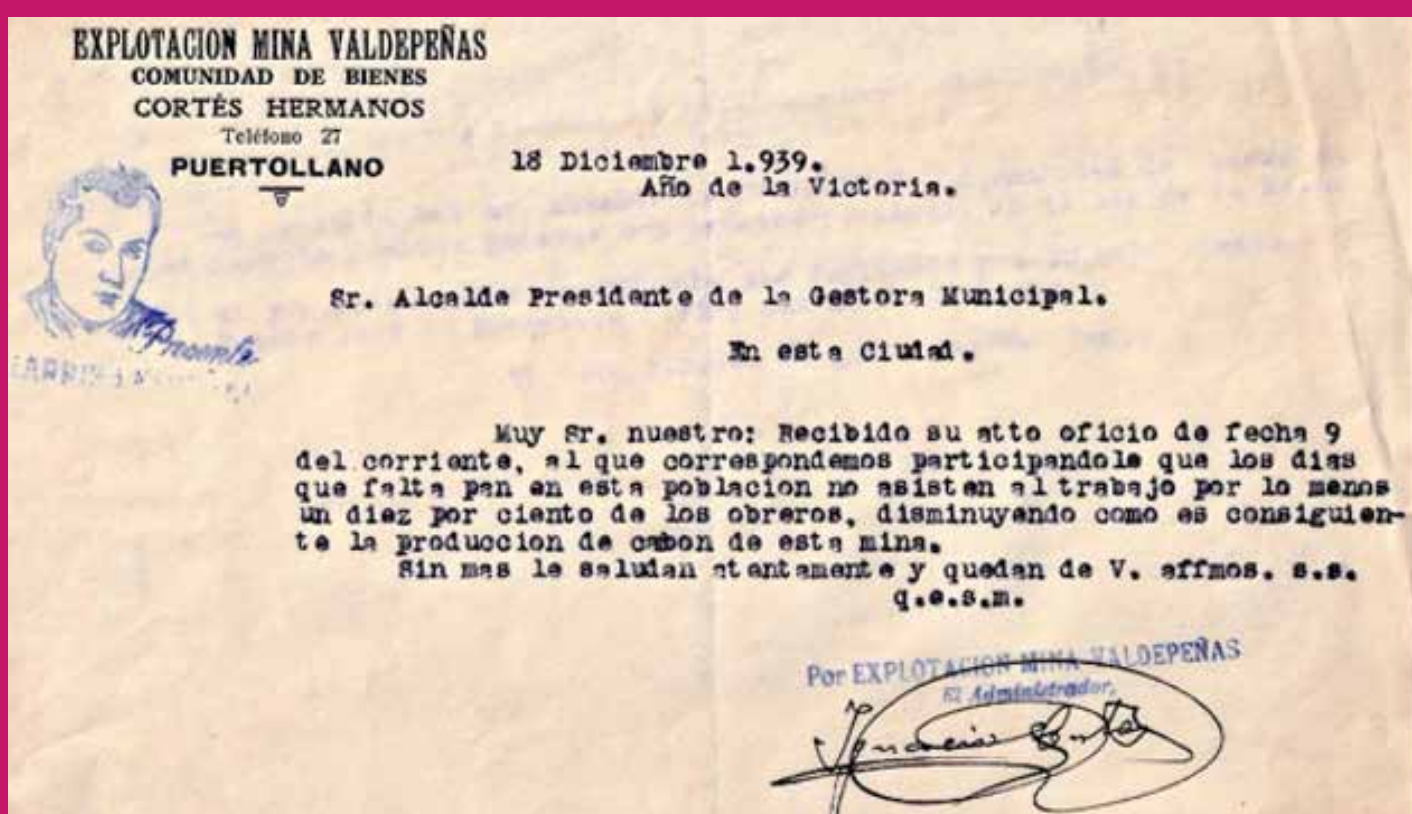
Franco, de un contexto económico internacional que por aquel entonces se mostraba extraordinariamente volátil. El objetivo final no era otro que el autoabastecimiento total, convencido, como estaba, de la valía de los incalculables recursos naturales que el país poseía. Si no se habían explotado con anterioridad fue únicamente por el abandono y la dejadez del Gobierno republicano predecesor.

La realidad es que esas decisiones económicas se encuentran detrás de las cifras de pobreza, hambre y subdesarrollo de la década de 1940. La propuesta de independencia económica resultó aciaga. Basada en la creencia de que el precio de los productos y los factores de producción podían fijarse desde el centralismo por decreto, al margen de los mercados, el Gobierno de Franco se esforzó en tener un control absoluto de los medios de producción y transformación de todos los productos agrarios, algo que en la práctica supuso la fijación política de los precios. El Estado decidía qué debía producirse o cultivarse, cuánto debía entregarse a las autoridades para su distribución, a qué precio debía venderse, qué cantidades debían ser distribuidas y cómo sería abonado. Una forma de entender la economía que algunos autores han llamado "patriarcalismo económico", donde la austeridad, la obediencia y el sacrificio constituían sus señas de identidad.

Foto 7: Colas para conseguir alimentos en Sevilla (años 40). Archivo Municipal de Sevilla.



Foto 8: La falta de pan imposibilita el trabajo de los mineros de Puertollano. Archivo Municipal de Puertollano.



A medida que la década de los cuarenta avanzaba, el discurso oficial puso en empeño en negar la situación de pobreza y hambre, lo que contribuyó a un desenlace paradójico: con la recuperación de la economía en el periodo desarrollista, parte de la memoria colectiva asumió la idea de éxito del proyecto dictatorial y en la misma memoria colectiva se asumió la retórica franquista de responsabilizar al enemigo rojo de la situación y no a esas decisiones económicas. Todo ello gracias a un aparato propagandístico que no dejó de lanzar mensajes sobre el izquierdismo judeomasónico como causa de todos los males.

Más allá de las cifras y los planteamientos políticos y macroeconómicos, la presencia del hambre se hizo inevitable para muchos millones

de españoles, una presencia amenazante que habitaba la cotidianidad de aquellos días.

Se ha calculado que, durante la posguerra, un 30 por 100 de la población estuvo por debajo de las necesidades de calorías estimadas (unas 2.250 Kcal.). Las fuentes históricas han señalado que en toda la década de 1940, el consumo medio por habitante y día se situaba en torno a las 1500 calorías, y no sería hasta 1951 que se alcanzarían las 2000. La dieta de los españoles era desequilibrada en términos nutricionales, con grandes fluctuaciones en el racionamiento y el suministro, dependiente de la climatología y los productos de temporada de cada región del país.

Los procesos deficitarios de almacenaje y preparación en ese contexto de escasez contribuyeron a un déficit nutritivo importante. Algunos historiadores han descrito diferencias geográficas -una mayor

afectación en zonas de las dos Castillas, Extremadura o Andalucía, bajo regímenes agrarios latifundistas, o un desigual acceso en las zonas rurales de las zonas urbanas, más dependientes de los procesos de racionamiento.

En 1946, el abastecimiento y la escasez continuaban siendo la principal preocupación, y en un informe se señalaba que los racionamientos eran tan escasos que no bastaban para mal vivir diez días de cada mes en las capitales y cinco en los pueblos. La autarquía no funcionó y las colas para conseguir víveres se convirtieron en cotidianas, como también lo fueron el incremento del estraperlo y los llamamientos cada vez más fuertes para hacer que los trabajadores de las precarias fábricas y los agricultores produjesen más.

.....
“...en toda la década de 1940, el consumo medio por habitante y día se situaba en torno a las 1500 calorías, y no sería hasta 1951 que se alcanzarían las 2000.”
.....

Pero evidentemente la escala y mala nutrición incidía inversamente en la producción. A finales de 1939 la situación de escasez era realmente preocupante hasta el punto de que, por ejemplo, el Administrador de la Mina Valdepeñas de Puertollano escribía una nota al alcalde informando del absentismo laboral como consecuencia de la falta de pan.

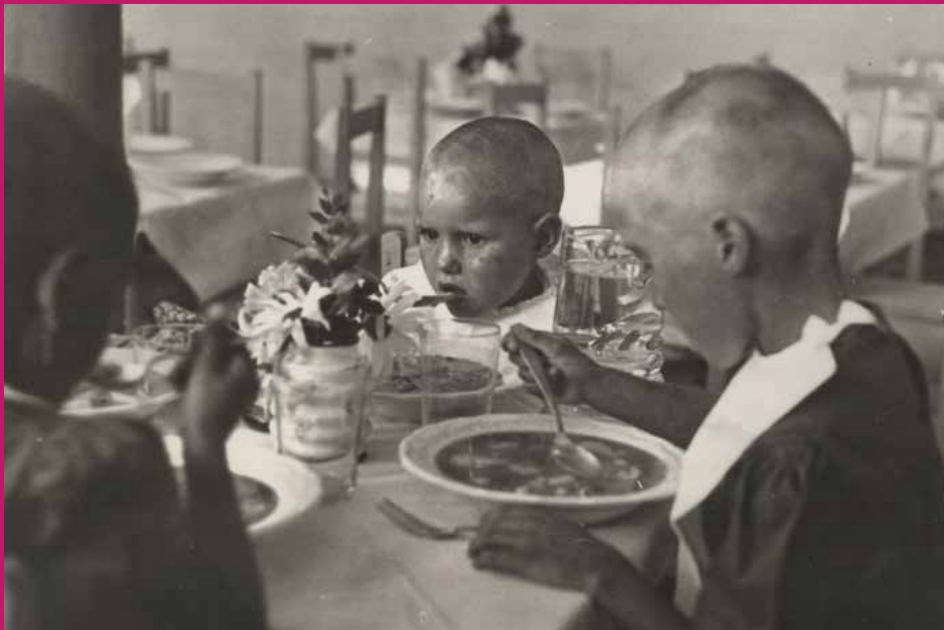


Foto 9: Niños en situación de hambre (años 40). Archivo de la Administración General del Estado.

Aunque fueron prohibidas en un lejano decreto, pocas imágenes ofrecen un espacio metafórico más denso que las interminables colas para recoger un pedazo de pan, un litro de leche, con la incertidumbre de si, en esa ocasión, llegaría la cola hasta tu lugar o te volverías a casa con las manos vacías. La imaginación, el ingenio, las nuevas formas de preparar alimentos, el estraperlo o el contrabando se convertirían en las formas de afrontar aquellos tiempos de hambre.

La promesa del “Caudillo” por llevar pan y lumbre a todos los hogares se vio incumplida. El Nuevo Estado, por su parte, ofreció como solución el Auxilio Social y las cartillas de racionamiento, una práctica consecuencia de la política económica y causa de la escasez tanto o más como parte de la solución.



Foto 10: Hitos en el proceso de la hambruna en España.

CARTILLAS DE RACIONAMIENTO

2



Foto 11: Cartilla de racionamiento. Fondo Fotográfico del Instituto del Patrimonio Cultural de España.

Los conocidos como “años del hambre” en España se refieren, de manera general, a los días que transcurrieron entre ese decreto de 1939 y la derogación de este, en 1952. Para muchos, los años de posguerra están marcados por la cartilla de racionamiento.

En la memoria colectiva de varias generaciones de españoles se refieren a ellos de manera diversa, barnizados por la amnesia o el olvido que otorga el paso del tiempo. Aparecen muchas veces acortados, señalados de forma más concreta: el año cuarenta, el cuarenta y uno, “ese sí que fue un hambre tremendo”. La capacidad performativa de los decretos gubernamentales, la posibilidad de construir el orden social, quedaba reflejado en la manera que se atribuyó el reparto de comida, como expresión metafórica del lugar del cabeza de familia nacional.

El 28 de junio de 1939 se fijaron las cantidades que serían entregadas a precio de tasas, estableciendo desde ese momento criterios de distinción: todos españoles, pero no todos de la misma manera. La

ración tipo para un hombre adulto se situó en 400 gramos diarios de pan -12 kilos mensuales-, 250 gramos de patatas, 100 gramos de legumbres secas -arroz, lentejas, garbanzos o judías-, 5 decilitros de aceite, 10 gramos de café, 30 gramos de azúcar, 125 gramos de carne, 25 gramos de tocino, 75 gramos de bacalao y 200 gramos de pescado fresco. Se estableció que la ración de las mujeres adultas fuera un ochenta por ciento de esas cantidades, un sesenta para los niños y niñas hasta los catorce años, la misma cantidad para los mayores de sesenta.

A pesar del establecimiento de este proceso de control, rara vez se consiguió la distribución del total de alimentos. Este mecanismo consolidó la distinción entre clases, con cartillas de primera, de segunda o de tercera, reconociendo cantidades diversas en función del tipo de trabajo del cabeza de familia, el nivel social del consumidor, su estado de salud o su posición familiar. En ocasiones, al relatar con trazo grueso caemos en el error de opacar los matices: los tiempos del hambre fueron muchos y diversos, con españoles que nunca experimentaron la necesidad.

De esta manera el aparato franquista no solo controlaba lo que se decía, y se hacía, sino también lo que se comía. Hoy que resuenan los ecos de noticias sobre inflación, recordemos que en estos tiempos de posguerra el precio de algunos alimentos centrales como la patata se llegó a incrementar en un 647 por ciento respecto a su coste antes de la guerra.

Las respuestas de la población ante un sistema que pronto se mostró insuficiente fueron diversas, incluyendo la picaresca o el ingenio. La utilización de cartillas de difuntos, la duplicidad de los censos o el fingimiento de embarazos, obligó a una modificación.

En mayo de 1943 se sustituyeron las cartillas familiares por otras individuales, lo que hacía más sencillo el control de la población. En



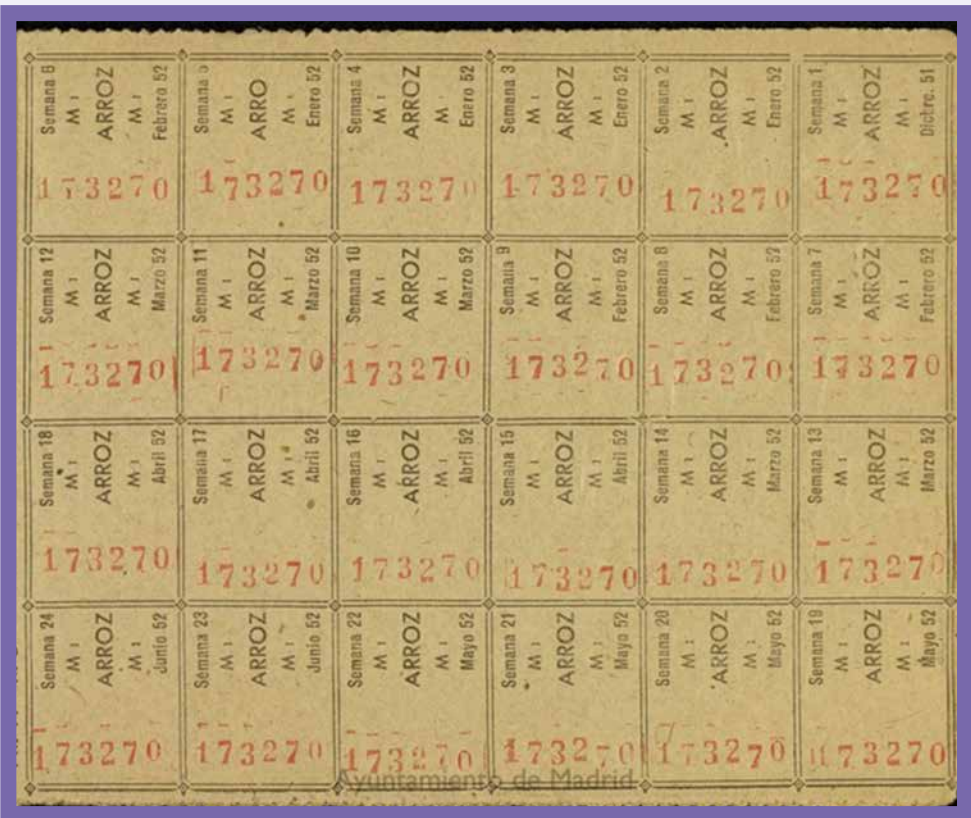
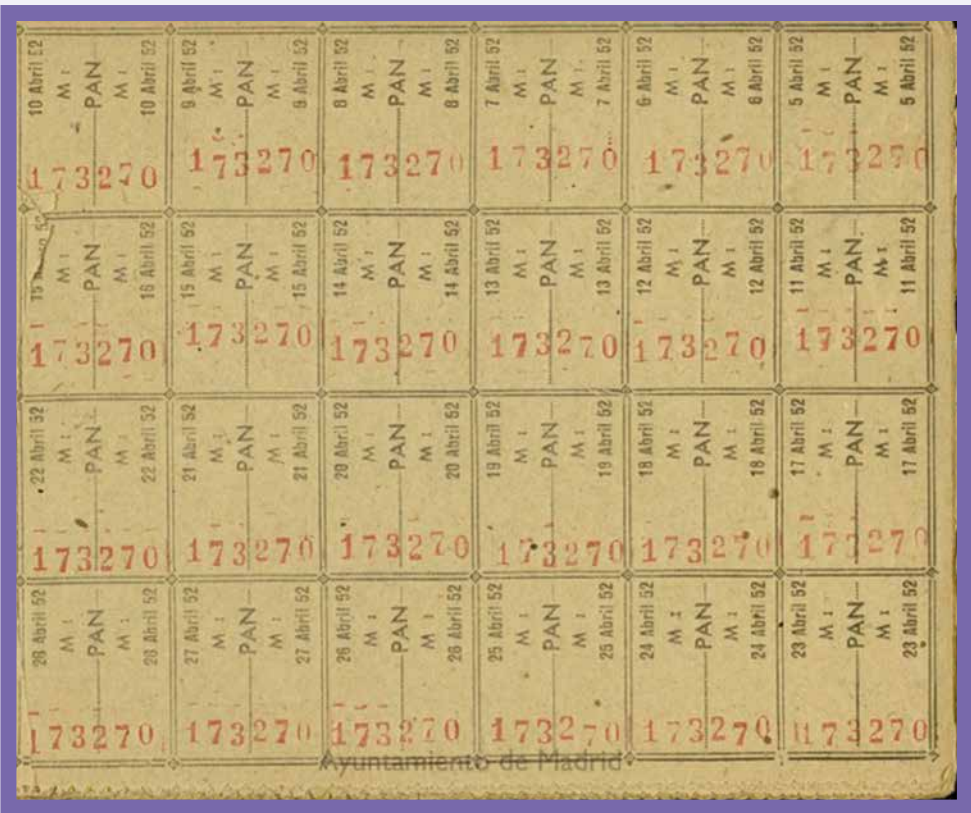
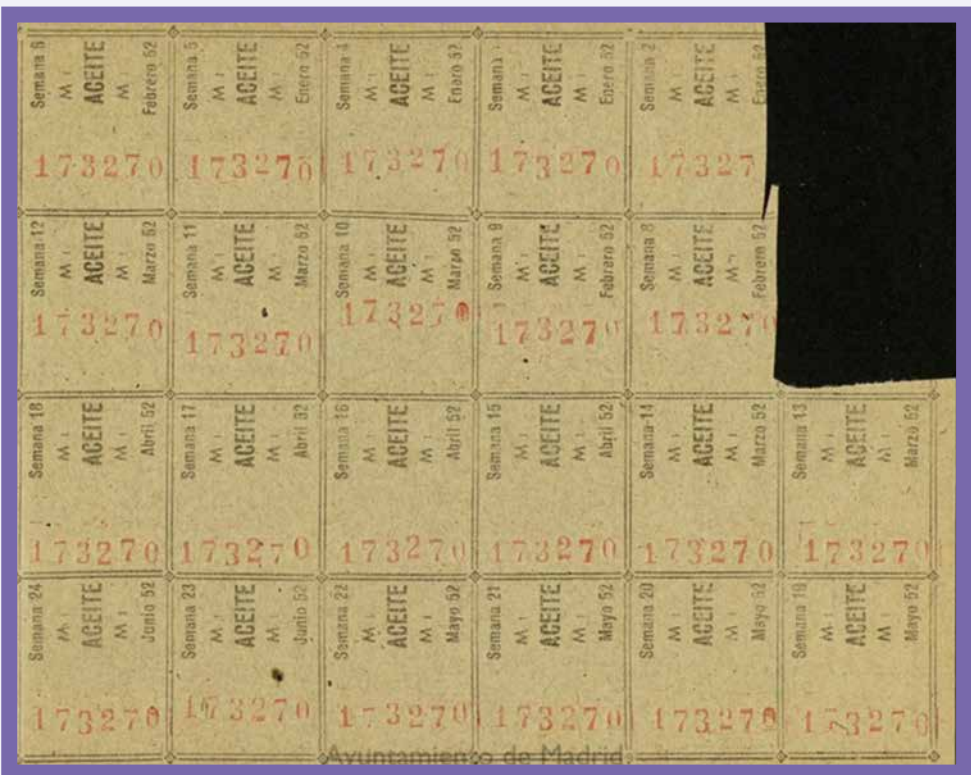
Foto 12: Reparto de cartillas de racionamiento por el gobernador civil de Guipúzcoa Luis Rodríguez de Miguel (1942). Fototeca Kutxa.



Foto 13: Cartilla de racionamiento con cupones. Biblioteca Digital Memoria de Madrid.

Burgos 17. El “Boletín Oficial del Estado publica un decreto del Ministerio de Industria y Comercio, estableciendo el régimen de racionamiento en todo el territorio nacional. Por cada familia habrá dos cartillas: una para la carne y otra para los demás comestibles que se indiquen. Todas las cartillas de racionamiento llevarán los nombres del cabeza de familia y las personas que habiten con él y se indicarán los establecimientos en que se han de efectuar el suministro. Por la delegación de la Comisaría de Abastecimientos y Transportes respectiva se hará público con la debida anticipación los días en que se efectuarán suministros. Se señalarán las horas y quedarán prohibidas las colas.

*La Vanguardia Nacional,
18 de mayo de 1939*



ese mes, el número de españoles racionados ascendió a un total de 27.071.978. Las cartillas se componían de varios vales (arroz, azúcar, aceite, patatas, pan, y un último de “varios”, para productos extraordinarios no programados, como carne, garbanzos o bacalao. Incluso los cigarros (de picadura) fueron sometidos al control del gobierno, con su propia cartilla.

.....
Definida como una forma de control de abastecimiento, en realidad operó como procedimiento de desigualdad con nefastos resultados para los más humildes: no sólo porque eran diferentes según la clase social, sino porque no todas las personas accedieron a la información sobre su uso de la misma manera y porque no había dinero para adquirir los bienes de primera necesidad.
.....

La imposición de la cartilla de racionamiento afectó a la calidad de la nutrición pero también al deseo, pues no se comía lo que se debía y apetecía, sino lo que se imponía aduciendo muchas razones para ello, pero todas alejadas de lo nutricional o cultural. Así, al decidir el estado lo que se debía comer, se estaba introduciendo un elemento de control y discriminación de la denominada población “no afecta al régimen”.

La disponibilidad de diferentes productos en momentos distintos llevaba a situaciones dramáticas: durante una semana se estaba obligado prácticamente a comer, por ejemplo, solo judías; en otro momento solo lentejas y en otro quizá solo arroz de manera que el valor emotivo de la comida se perdía.

Por otro lado, no siempre estaba disponible lo que la cartilla de racionamiento permitía; de manera que siempre se estaba alerta a los anuncios de la presencia de un determinado producto en algún mercado. Esos anuncios movilizaban a la población para adquirirlos con largas colas, a pesar de que habían sido prohibidas.

Esta política de control de alimentos y apetitos resultaría un fracaso desde el punto de vista nutricional, un hecho que acabaría construyendo parte de la memoria más oscura de los años de posguerra.

Foto 14 Reparto de leche por mujeres de la sección femenina. Fototeca Kutxa.



Foto 15 Cola para Reparto de comida San Sebastián 1940. Fototeca Kutxa.

EL HAMBRE EN CARNE PROPIA

3

Más allá de las cifras macroeconómicas, los motivos sociopolíticos para el hambre o las políticas autárquicas de control social, el hambre se ha encarnado en la vida cotidiana y en la memoria de miles de españoles, ofreciendo relatos particulares, adheridos en la piel, en contextos emocionales íntimos y domésticos.

La historia del hambre de posguerra es también la suma de biografías de personas casi anónimas. Más allá del relato de los números nos encontramos con parte de esa memoria íntima herida. Una niña que escribía por entonces su carta a los Reyes Magos lo hacía de este modo: “Queridos Reyes Magos: este año prefiero que me regalaseis cosas para comer. Adjunta os envió la cartilla de abastecimiento”. Así recordaba ese tiempo de escasez Crescencia, en la localidad cacereña de Montehermoso.

.....
“Queridos Reyes Magos: este año prefiero que
me regalaseis cosas para comer. Adjunta os
envió la cartilla de abastecimiento.”
.....

“Mi hermano se murió, fue de necesidad. Me lo contó mi madre toda la vida. De necesidad y de hambre. ¡Qué pena! Porque no podía darle de comer mi madre, no había, y no podía... y ya está. Se murió. Así era en aquella época ... entodavía me recuerdo cuando paso por allí, por aquel prado, que pasó varias veces. Se lo he dicho a mis hijos... aquí venía yo a pacel hierba como las bestias [...] que iba a un regato por allí y cogía e iba a por aderones [acerones] y a por la hierba que hubiera. Allí los cogíamos agrios, agrios que estaban... y romazas. Que las hay ahora por ahí por donde quieras, que las veo y digo... ¡cuántas he comido, madre mía! Mi madre las hacía con un poquino de pringue si había y nos las comíamos. Yo no sé cómo podía el estómago desenvolver aquello... de eso he comido yo mucho [...] no había pan, no había ná para comer. Hambre, hambre y hambre. Hambre era todos los días. No es que un día pasaras hambre. Es que todos los días tenías hambre...

La historia de la represión contra los vencidos ha aportado evidencias sobre la realidad del hambre como forma de exclusión e incluso de eliminación. Conocemos los miles de muertes que ocurrieron en las cárceles como consecuencia del hambre, aunque en los partes de defunción figurase como causa algún eufemismo con autoridad médica como el de “carencia metabólica” o avitaminosis, como se decía en la carta que el cura que atendía la cárcel de Valdenoceda (Burgos) envió a la mujer de Eladio Fernández preso en ese establecimiento, informándole sobre su fallecimiento:

Foto 16: Niños atendidos en los comedores de Auxilio Social, fotografiados por Gil del Espinar. Archivo Municipal de Albacete.



“Muy señora mía: Tengo el sentimiento de participarle que en el día de hoy, y horas de las 14, ha fallecido en la enfermería de este establecimiento su esposo ELADIO FERNANDES YUS, a consecuencia de Avitaminosis.

Sírvale de consuelo, dentro de la desgracia que le aflige, que ha pasado a mejor vida confortado con los auxilios espirituales y ha estado asistido hasta el último momento por el que suscribe y demás sres. funcionarios; verificándose el sepelio conforme ordena la Santa Madre Iglesia, y durante la celebración del mismo fue entonado un solemne responso.

Le ruego le tenga presente en sus oraciones y reciba mi más sentido pésame.”

Pero el hambre no solo afectó a los izquierdistas, republicanos y anarquistas, sino también a toda la España vencida. El hambre se hizo presente más allá de los grupos que habitualmente habían sufrido marginación y que desgraciadamente habían estado en situación de mendicidad: alcanzó a muchísimas familias que antes de la guerra llevaban una vida normal pero que tras su alineamiento antifranquista vieron cómo las oportunidades laborales se cerraban y cómo las iniciativas para prosperar se vieron impedidas. Por eso a veces se ha hablado del hambre de posguerra como un arma contra los vencidos, pues obligados a pensar en cómo conseguir el sustento, no tenían tiempo para el pensamiento o la acción política.

Presentamos algunos casos testimonios que nos permiten adentrarnos en la realidad del hambre, en los sentimientos que provocó, en la parálisis individual y social que generó; en fin, en el drama que supuso vivir con ella a cuestas durante muchos años, para muchas familias, durante la posguerra.

El hambre afectó a los que permanecieron en sus entornos geográficos tras la guerra, pero se cebó con los que marcharon de sus localidades de incógnito con la esperanza de escapar a señalamientos, exclusiones y quizá prisión. Abrirse paso y afrontar una nueva vida fue difícil y, lo primero, fue sortear el fantasma del hambre.

Jovita Vozmediano huyó de la Mancha a Valencia sin referentes, sin dinero, sin comida, y con la única opción de pedir para comer:



Foto 17: Abuela dando de comer un trozo de pan. Archivo General del Archivo General de la Administración del Estado.

“Me marché a un pueblecito que se llama Benetusser y aquí empecé pidiendo por primera vez en mi vida para comer. Solo dije con la cara llena de vergüenza después de que me abriesen la primera puerta donde pedía: “por favor señora, solo un trozo de pan, tengo hambre y en verdad es la primera vez que lo hago”. No pude remediarlo, se me cayeron las lágrimas de los ojos. La buena señora me contestó: no llores y no te de vergüenza, tú no eres el único que lo hace y como las cosas sigan así lo tendremos que hacer todos. Pasando a su casa me sacó un plato de cocido y me dijo que si por allí andaba más días que allí tendría un plato de comida. Después de comérmelo con ansia me despedí de aquella buena señora de la que tantas veces me acordaría”.

Florián, un pequeño que padeció en sus carnes el hambre, recordaba lo que tuvo que llegar a comer:

“Se ha pasado hambre a punta pala. Dormíamos en jergones de paja, con un frío que estabas loquito porque amaneciera, levantarte y que te diese un poco el sol. Como no había sanidad en nuestras casas andaba el piojo verde y llegaban los de sanidad y te pelaban al cero. Llegabas a comer lo que te encontrabas: cáscaras de naranja, de plátano, lo que fuera con

tal de llenarte... yo y mi hermano una vez nos comimos unos pececillos vivos y crudos: había un hombre con un retel que iba sacando pececillos y los colocaba en una cesta y nosotros estábamos detrás viéndolo, cuando iba a por más nosotros cogíamos uno de la cestilla y nos lo echábamos a la boca y el pececillo todavía daba el último coletazo en nuestra garganta..."

El testimonio de Rolendia prueba que el hambre fue un efecto más de la represión. Su familia fue marginada, se le negó trabajo a su padre por su ideas izquierdistas y, sobre todo, porque su tío "el lechuga", estaba en la sierra como guerrillero. Era uno de los huidos del campo de trabajo de Hato Blanco en el Valle de Alcudia:

"Pues fue fatal, mi abuela, era una persona que... siempre vivía, tostaba garbanzos y los vendía... era lo que hacía mi abuela... y cuando íbamos al campo a por leña, ella y yo que... que yo he vivido mucho tiempo con ella también, siempre iba con un churruquito de pan en el bolsillo, y yo le decía: "Abuela, dame ese poco de pan que me lo coma". Decía, no, este pan no, porque a lo mejor me encuentro a mi hijo, subido en algún sitio, en alguna encina, escondido en una mata, y llevo siempre este cachito de pan en la faldiguera para dárselo a mi hijo...Una vez fuimos con mi hermano Gregorio y mi hermano Nemesio que ya ha muerto, más pequeño que yo; y yo, fíjate como éramos, con un cubo de hierro de esos que había antes, de esos de lata a coger hierbas,

coger cardillo, romanzas, achicoria, lo que había en el campo... luego con una peseta de harina hacía mi madre un bol y comíamos eso y dice, anda, ¿veis esa casa que están haciendo suero?... vais que os den un poquito suero... llegamos allí y dice el marido ¿qué queréis? Digo que nos de usted un poquito de suero. Espera un poquito que están acabando los cinchos de escurrir... y os voy a dar unos recortitos de queso. Estando mi hermano y yo allí, no se me olvidará, en la puerta de la casa, llegan los guardias civiles a caballo. Eran... perdona la palabra, unos hijos de puta. Y dice, le dice al mayoral..., qué hacen estos aquí, y le dice el mayoral, nada que les voy a dar un poquito de suero... ¿A estos suero? A estos les pegaba ahora mismo un tiro a cada uno en la cabeza y verás que pronto acaban de tomar suero... pues nada, tuvimos que ir sin darnos el suero, con nuestros cardillos... Nunca se lo contamos a nadie"

La desesperación de la gente desposeída y excluida continuó hasta el punto de que, por ejemplo, la Hermandad de Labradores de Puertollano se quejaba de que los viñedos "eran asaltados no obstante no encontrarse aún la uva en estado de madurez", sugiriendo detener a los que roben uva manteniéndolos detenidos hasta que acabase la recolección".

Se comían cosas que no habían alcanzado la madurez y también cosas que se pensaba eran alimento de animales, como el maíz en Andalucía. Así lo refiere Isabel González Turmo, "quizá sea el maíz el alimento que más costó asimilar a los andaluces... supuso la peor afrenta al paladar", y lo avala con un testimonio en el que se indica que alguien llegó a morir de hambre porque no pudo echarse pan a la boca:

Foto 18: Niños atendidos en los comedores de Auxilio Social, fotografiados por Gil del Espinar. Archivo Municipal de Albacete.



“Nosotros hemos pasado hambre de harina amarilla, la de maíz, hemos hecho tortillas... Mi hermano decía: “mamá dame un cachito de pan” y le decía “hijo, si no tengo pan”, que mi madre guardaba los chusquitos para cuando venían mis hermanos hartos de cavar y para mi hermano, el que se murió de hambre porque no quería, y entonces, como no le daba pan decía: “pues dame café, migado”.

Hemos investigado igualmente en torno a la presencia del pan en la construcción de las ideologías del hambre en la posguerra española. Es claro que la conceptualización ideológica del hambre se manifestaba, principalmente, en el hecho de que no había pan y, después, en que tampoco había o escaseaban alimentos sustitutorios conocidos. Además del maíz, otros sustitutos del pan para aliviar el hambre en la España rural eran las habas y altramuces, con las que se hacía el llamado “pan de los pobres”. El testimonio que ofrecía mujer de Carmona era elocuente:

“Eso ha sido un escarnio lo que hemos atravesado. El que haya tenido la culpa de eso, a ese Dios no lo perdona, porque ha sido el crimen más grande: la de gente que moría de hambre o de comer hierbajos que los cocían y reventaban; se comían las alcachofas borriquetas, las cardanchas, todas las yerbas; eso es pan de pobre, se decía; esto tiene gusto a rábano esto se come. Eso es peor que coger una persona ahora y matarlo, que los niños estaban como ahora se ve en la tele, con las barriguitas hinchadas. Los llevaban las madres a comer a las Hermanitas de la Cruz que daban un guiso de habas sin pan y sin nada, en pie nos lo comíamos, y anda que no me acuerdo cuando me tocaba entrar. Y las cáscaras de las papas, que te las daban las señoritas.”

En lo que podríamos llamar “genero de relatos del año del hambre” se aprecia esta ausencia de pan blanco. Por ejemplo:

“Año 40 o cosa así, el año del hambre. Yo me acuerdo todavía de él. Entonces se pasaba mucha hambre, no comíamos pan ni nada, no había pan ni nada. Yo la verdad que no pasé mucha hambre de pan; aunque poco, me tocó alguna vez un cachillo de pan. Pero entonces no había pan para comer, ni había... Era nada más arroz, que era lo más barato que había, y patata. Arroz y patata. Pa’ el desayuno, si hacías unas sopillas, era casi sin pan. La azúcar que

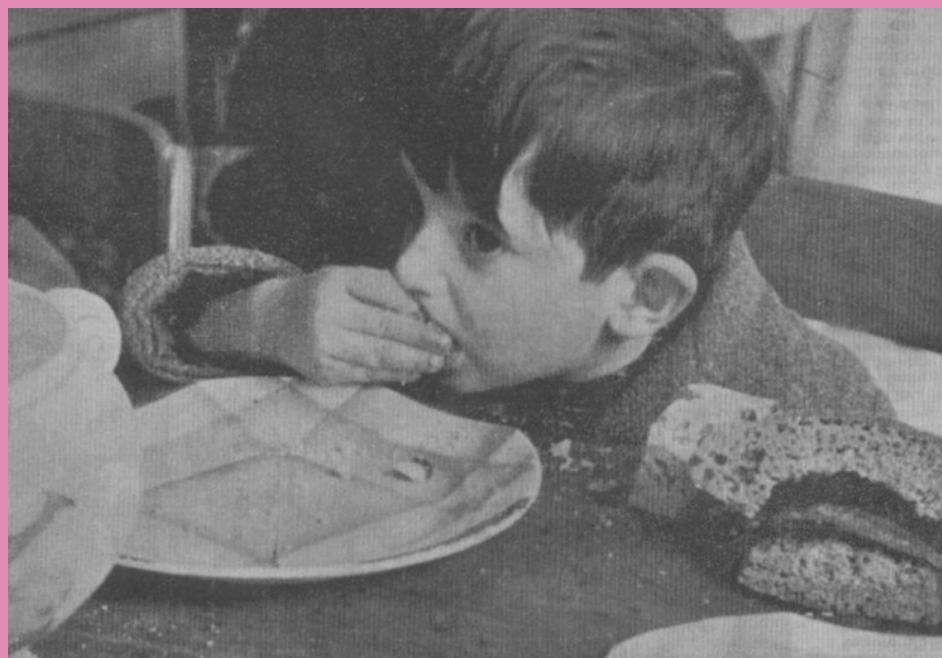


Foto 19: Niño comiendo pan. Archivo General de la Administración del Estado.

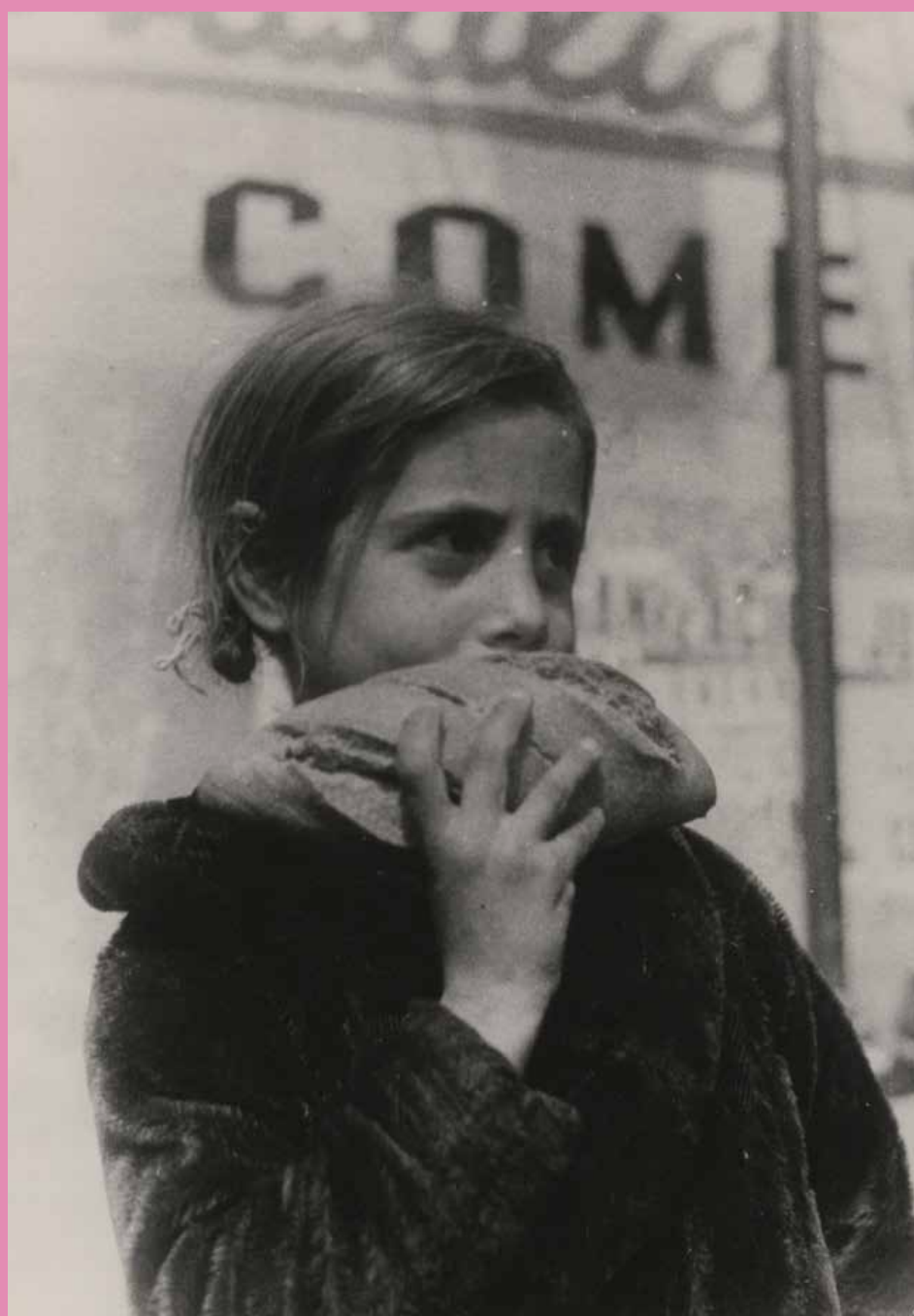


Foto 20: Niña comiendo pan. Hogar. Clasificación 1940-41-42. Archivo General de la Administración del Estado.

había era azúcar negra. Se estaba moviendo siempre. La echas en un cántaro grande y se está como moviendo, parece que no está quieta. Y el pan nos le daban en ración. Nos daban un cachino de pan, pero pan negro, de salvao, ese pan que comen, que... Ahora comen pan integral, y entonces lo comíamos a la fuerza, que no había quien lo quisiera, que se pudiera comer, se comía incluso pan de cebada y de harina de centeno. Mi abuela comía lago de pan porque tenía una fanega de centeno, lo había molido en un molino que ellos tenían en el arroyo, de esos antiguos. Molieron allí la fanega de centeno y estuvieron haciendo pan de centeno. Me acuerdo que venía y tenía ahí el pan de centeno mi abuelo, un pan mu negro, mu aplastao, era como perruna, pero amigo... este era mu bueno porque la cosa estaba tan... se pasaba tanta hambre..."

.....
"...le pregunté que qué era y me contestó que eran perrinos, que ella los había desollao, los había frito y después los había puesto en salsa... todavía cuando lo recuerdo me da asco y ansias... La mujer me dijo que se los comían siempre, aunque también comían ratas.
.....

El recuerdo del hambre se acrecienta a medida que junto al pan van desapareciendo otros consumos cotidianos lo que implica sustituciones- en términos ideológicos-, cada vez menos emotivas culturalmente y por tanto más degradantes. En esos procesos, el hambre va a ser cada vez más fácilmente identificable como "un gusano feroz roe la mente." Más allá de la metáfora del gusano feroz que roe las tripas.

Ana, una mujer de Serradilla, en Cáceres, recordaba la siguiente situación de aquel tiempo:

"Una vez una de las mujeres me invitó a comer, en la cazuela había trozos de carne en salsa que parecía conejo y me dijo "cómelo Ana que está bueno"; me dio un trozo y me lo comí, luego le pregunté que qué era y me contestó

que eran perrinos, que ella los había desollao, los había frito y después los había puesto en salsa... todavía cuando lo recuerdo me da asco y ansias... La mujer me dijo que se los comían siempre, aunque también comían ratas lo se porque nosotros estuvimos trabajando ahí...También he conocido gente que comían burranquinos..."

Estanislao, de Almoharín (Cáceres) reconoce que en el año 41 tuvo que hacer barbaridades:

"La gente cogía los sacos y se iba a los habales a robar las habas. Si no hubiese sido por las habas se hubiese muerto la gente de hambre, las cogían, las cocían y se las comían. Yo he visto a un hombre matar una cigüeña. Y dijo el hombre: los pobres tenemos que hacer barbaridades para mantener a los muchachos. Y venía con una cigüeña en un saco. Las cigüeñas no comen nada más que sapos y culebras y todas esas cosas. Así, a qué va a saber la carne esa, no creo que esté buena... También se mataban burranquinos, los criabas dos o tres meses y luego los mataban. Y de vegetales se comían los cardillos, bellotas, algarrobas, espárragos, criadillas, romazas, puerros o berros, que picaban mucho, y aceroles que se echaban a las judías blancas, a los habichelos y a la vinagreta... La gente se morían, entraba el piojo verde, se hinchaba la tripa y la cara de no comer. No ves que no había pan ni aceite tampoco..."

En Villamayor de Calatrava (Ciudad Real), Adolfo recordaba con enorme desagrado un episodio que se repitió con frecuencia en su familia tras la guerra y del que fue desgraciado protagonista:

"Mi madre la pobre con siete hijos, sin haber nada de comer, de ninguna clase... Llegar a la casa y no tener na más que la sartén pelá, a ver que le echabas a la sartén. Había una casa de los más ricos del pueblo que tenía guarros y de vez en cuando se morían alguno y los que se morían los echaban a un pozo, a una minilla en el cerrillo de los lobos. Ese pozo tenía cuatro o cinco metros y allí íbamos mi tía Alejandrina que ha muerto, mi madre y me llevaban a mi... estábamos a la expectativa de cuando iban a tirar los cerdos muertos, que fíjate, de que se morirían. Y na más irse cuando los tiraban me metían a mi atao con una soga y me sacaban cuando yo cogía lo cerdos muertos, atao... Me cagüen la madre que parió... Guarros de 30 o 40 kilos... En una ocasión tiraron una guarra grande de 100 kilos y como no podía subirla, mi madre la pobrecilla me decía: ay hijo mío córtale un jamón por lo menos. Le corté un jamón y lo subí... vamos, vamos... Se morían los cerdos de la peste y nosotros nos lo comíamos, muchas penas..."

GASTRONOMÍAS DEL HAMBRE

4

Las dificultades de distribución y acceso a los alimentos en estos años configuraron una parte de lo que podríamos denominar una gastronomía del hambre. La otra parte se refiere a los procesos de elaboración y transformación de los productos disponibles y la reformulación de los recetarios con lo que se encontraba. En aquellos años, la escasez de productos se acompañó con una dudosa calidad de alimentos derivada de la adulteración en su elaboración o de los deficientes procesos de transporte y almacenamiento.

.....
Las recetas de los tiempos de posguerra describen toda una serie de prácticas que son un ejemplo de imaginación e inventiva culinaria: se intentaba cocinar las recetas tradicionales pero con materias primas diversas.
.....

La nota predominante fue el sucedáneo: el empeño cultural por mantener la significación y el peso de lo tradicional requería de un proceso de ampliación de lo comestible para que pareciera lo de siempre. A falta de pan, buenas son tortas, se decía machaconamente. Comidas tradicionalmente vinculadas con la alimentación de animales como las almortas, pasaron a formar parte de la dieta cotidiana en muchos lugares del país.

La castaña llegó a ser un alimento central debido a la facilidad de recolección e incluso por sus valores nutritivos. A comienzos de 1945 se vendían en la capital un millón de castañas diarias, convertidas en “alimento nacional”. A falta de pan, buenas eran castañas. Las legumbres -lentejas, garbanzos, habas, almortas...- los cereales -cebada, trigo, centeno, maíz- un siempre escaso aceite de oliva, frutas, patatas, bacalao, arenques y una carne a veces tan escasa como de mala calidad configuraron la dieta de los españoles durante los años cuarenta.

Las diferencias en el acceso o la calidad de alimentos configuraron una gastronomía muy dispar entre los sectores privilegiados y las clases populares. Muchos de estos últimos sufrieron durante estos años de latirismo, una intoxicación crónica derivada del consumo de

almortas, lo que llevó a prohibir su consumo durante décadas, hasta el 2018. También nos encontramos diferencias geográficas: el norte comía de manera monótona una mayor proporción de carne y grasas animales, mientras que en el sur se alimentaba de forma más variada con fruta, verduras, pan, aceite y legumbres.

La necesidad cultural de ingerir la comida tradicional de siempre llevó al consumo de productos adulterados: en la elaboración de la harina se añadía cáscara de nueces o almendras. La dieta estaba marcada por lo escaso que se entregaba en el racionamiento, y muchas veces en condiciones no adecuadas, como pasaba con las patatas atacadas por la polilla. La leche, alimento central por sus aportes vitamínicos, se consumía casi siempre aguada – a diez litros de leche se le podían agregar diez litros de agua-, de tal manera que las lecherías de este tiempo ofrecían precios diferentes en función de la cantidad de agua que llevara. El denominado “bautizo” fue una práctica difícil de controlar, reflejada incluso en chistes de la época: un lechero le comenta a otro con pesar, no hay derecho, me han multado por echar agua a la leche. Más injusto es lo mío, contesta el otro, que me han multado por echar leche al agua. También el chocolate en polvo, que acababa transformado en una especie de pasta al elaborarlo con diferentes harinas.

El concepto de producto adulterado no describe el alcance de la fenomenal estrategia cultural de ampliar el espectro de lo comestible como forma de resistencia. Las recetas de los tiempos de posguerra describen toda una serie de prácticas culinarias que son un ejemplo de imaginación e inventiva culinaria: se intentaba cocinar las recetas tradicionales pero con materias primas diversas, imaginativas. Una suerte de trampantojo cultural para mantener la emotividad y cierto orden social a partir de la comida. En este tiempo se guardaban las cáscaras de naranjas o las peladuras de patata, para luego servir de guarnición o comida en otros platos.

El caso del pan refleja de manera paradigmática esta cuestión. Más allá de sus valores nutritivos, el pan es un alimento central en la gastronomía española, configurado como un alimento totémico por sus valores simbólicos. Para muchas generaciones de españoles, comer es asimilable a comer con pan, y su falta es considerada como irreparable. No es, sin duda, un alimento más. Pero la distribución del pan fue, como casi con todo, deficitaria. Los informes del régimen eran consciente que su falta era un importantísimo “factor deprimente” para la población y dejaron constancia de las cantidades exactas para elaborar el pan “más eficiente”: 60% trigo, 10% maíz, 10% centeno, 15% cebada, 3% avena y 2% habas”. Sin embargo, a pesar de las

promesas de futuro, hubo muchos hogares y muchas familias sin pan. Su color comenzó a ennegrecerse y comerse, los más afortunados, siempre duro. Se comía pan negro, hecho que ha quedado anclado en la memoria colectiva, porque no había otra, y había que comer pan, aunque fuera uno de esos sucedáneos. El pan negro era difícil de tragar, y se realizaron intentos de hacer pan con otros muchos ingredientes: almortas, bellotas, garbanzos, castañas, mijo, maíz, altramuces o habas, cuyo sabor se alejaba mucho de la manera en que debían comer las personas según el hábito secular.

Las gastronomías de los años del hambre, insistimos, están atravesadas por el trampantojo, por el engaño emotivo, por la sustitución. Al hacerlo, de acuerdo con las tesis de los antropólogos, se recrea la cultura y se construye identidad pues, como dice un viejo aforismo, “somos lo que comemos”. A través de la comida se articulan las relaciones de parentesco o amistad, se definen los procesos de distinción o las clases sociales, además de marcar los tiempos que llamamos estivos o los espacios de ritual.

Esta visión performativa, esta capacidad para transmutarse como el hormigón sobre el que se asienta el orden social, ha tenido durante mucho tiempo su antítesis: el hambre, los contextos de falta de comida, conducirían a la disolución cultural, a la pérdida de la cultura en favor de prácticas de salvajismo: una vuelta a la animalidad.

Frente a la capacidad de los alimentos para generar diversidad cultural, el hambre nos abocaría de manera universal a la barbarie. Nada más lejos de la realidad. Hoy sabemos que los contextos de privación y escasez alimentaria recrean su propio espacio cultural. En ocasiones, implica adoptar cambios morales –como en la gestión de los recursos o el reparto de los alimentos–, en otros el encuentro con renovadas prácticas de búsqueda de recursos; en otras ocasiones, se amplía el espectro de lo que es comestible y aceptable en términos culturales.

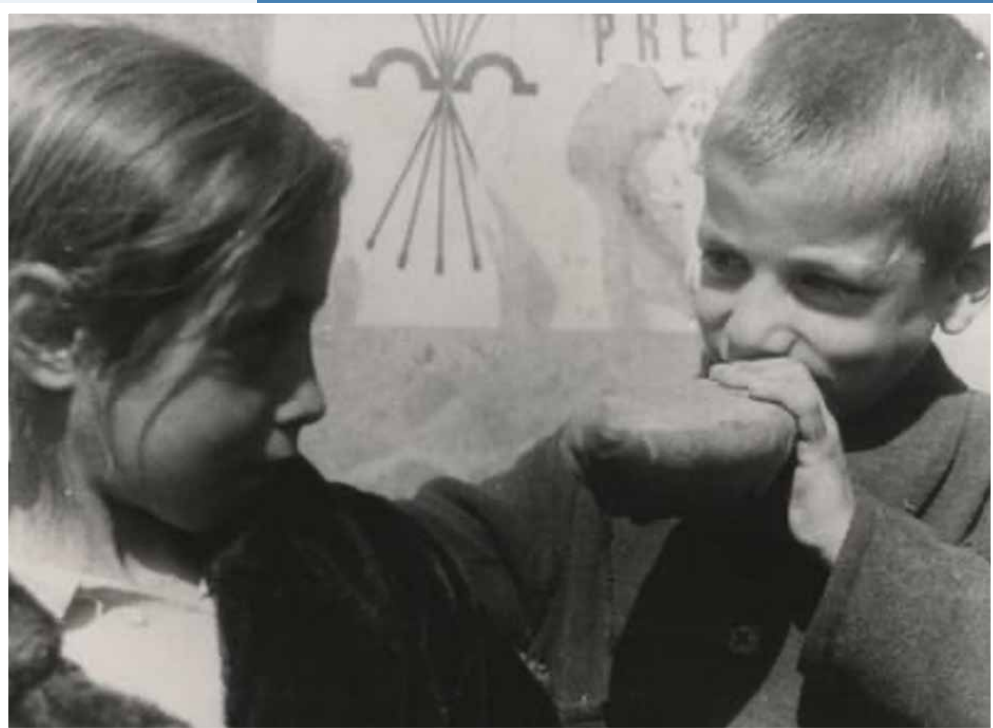


Foto 21: Niño comiendo pan en los años 40. José Luis Pérez de Rozas. Ministerio de Cultura, Archivo General de la Administración del Estado.

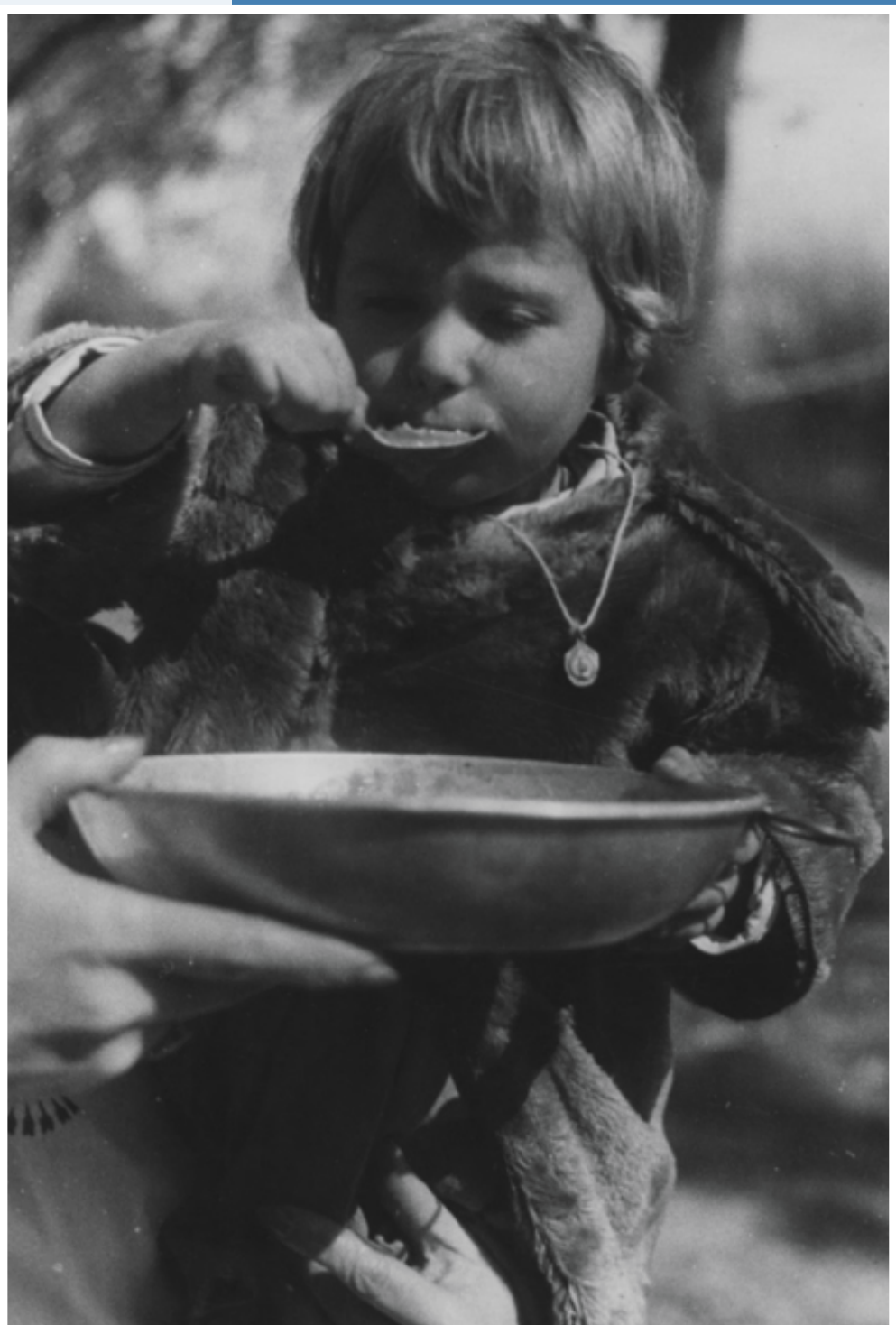


Foto 22: Niño con plato de sopa. Archivo General de la Administración del Estado.

La cocina de trampantojo propia de los años de posguerra contiene todo eso. El café se consumía hecho de malta o achicoria, bebidas que solo se le parecían por el color. La búsqueda de nuevos productos llevó a recolectar setas o hierbas silvestres que configuraron un nuevo recetario: hervido de borrajas, espárragos trigueros, achicoria, tortilla de conejeras, collejeras o escarolas. A veces se recolectaban lenguazas que se freían dando lugar a los denominados boquerones de secano. Otras veces se prepararon cardillos borriqueros a la madrileña, con cebolla, vinagre y pimentón. Las arbigaras, las piñas, las arrumazas, las criadillas o las tagarninas se emplearon junto con otras hierbas del campo, dejando en la memoria la idea que se comía como bestias.

La forma de resistencia y lucha más habitual, insistimos, fue la de transformar la gastronomía de posguerra en toda una declaración de ingenio e inventiva. Las recetas de los años del hambre perseguían enfrentar un porvenir aciago a la vez que se dotaba al presente de cierta cotidianidad: muchos de los productos conseguidos apenas tenían el nombre, nunca el sabor y algunas veces la consistencia tradicional. Se parte de la idea de aprovechar los ingredientes que se disponían para preparar platos que remitieran –en la significación, en el sentido, en su valor simbólico– a lo que se pretendía comer, aunque el sabor fuera extraño, diferente, alejado.

Esa lógica está detrás del intento de hacer tortilla de patatas –con la emotividad y el sentido presente en este plato– sin patatas, sustituyéndolo por otros ingredientes, como las bellotas, aunque en tiempos normales las bellotas fueran comida de animales. En ocasiones implica sustituir alimentos por otros cercanos, de alguna manera, similares. Fue un tiempo de volver a preparar y comer *poleás*, guisos de castaña o bellota, gachas, las chufas, las jerugas de las habas, algarrobas... Otras veces implica aumentar el espectro de lo comestible sin renunciar a ser ese nosotros.

La versión contemporánea de la alimentación sostenible y los empeños por no desechar comidas eran la norma en los hogares de posguerra. Triunfaron

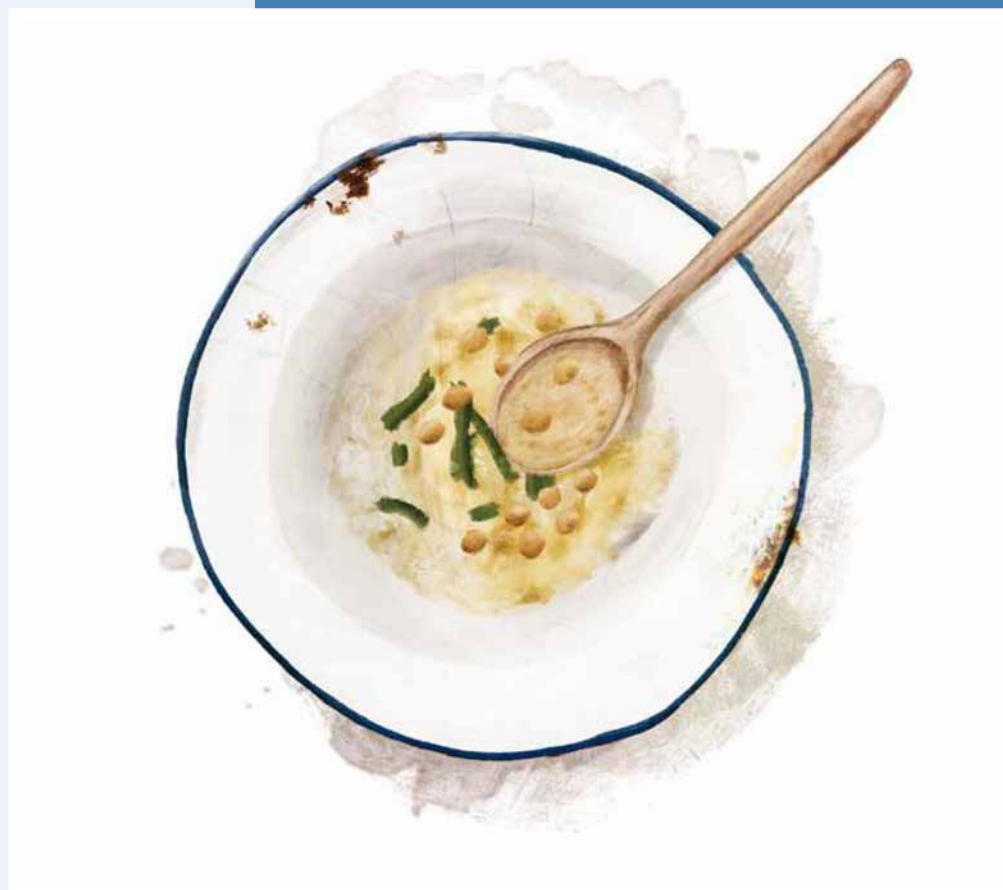


Foto 23: Recetas de los años del hambre. Ilustración de José Carlos Sampedro.

las sopas simples que tenían agua, sal, aceite y vinagre, en los que se podían añadir en ocasiones huesos, como el caso del *Bullit d'òsos* de las Islas Baleares o *el caldo de ósos* gallego. También fue el tiempo de los platos sin: calamares fritos sin calamares, la tortilla sin huevo de gallina, los dulces sin azúcar, los guisos sin carne, los fritos sin aceite. El vacío de las alacenas se transformaba, por el hacer casi mágico de aquellas mujeres, en derroche de ingenio e imaginación para poder servir comida en las mesas. El país tiene una deuda inmensa con ese hacer íntimo, del espacio doméstico, en el que miles de mujeres salían decididas a desafiar al porvenir.

Esta gastronomía de escasez incluye también los procesos de abastecimiento, intercambio o los modos de repartir lo poco que se conseguía. Las formas de lucha y resistencia – se organizan en tramas culturales. Esto comprendió la búsqueda de recursos y alimentos fuera de las normas social o legalmente aceptadas.

Los historiadores han descrito de manera detallada la existencia de hurtos o la importancia del estraperlo para decenas de miles de familias durante la posguerra española. Fueron prácticas igualmente válidas para la delimitación de desigualdad. Las autoridades del régimen aplicaban un rasero desigual a la hora de perseguir el mercado negro de posguerra. A pesar de publicitar multas sobre acaparadores, el pequeño estraperlo, el desempeñado por miembros de familias derrotadas, fue el más perseguido.

Al igual que el estado franquista organizó sus reglas de reparto de comida –incluía raciones diversas para buenos y menos buenos– la escasez de comida debía repartirse en los hogares españoles de aquel tiempo. De manera tradicional, quien recibe qué y cuánto reciben son preguntas resueltas por normas culturales. Existen grupos que organizan el reparto a partir de la regla de las contribuciones: aquellos que más aportan, son los que más reciben. Otras se organizan a partir de reglas de estatus: aunque no aporten tanto, ciertos grupos o posiciones sociales reciben más por cuestión de posición: los ancianos, los niños... Las familias españolas intentaban guardar los mejores trozos para el hombre de la casa, con la esperanza de que pudiera aguantar las abusivas condiciones de trabajo. Las mujeres de la casa, expertas en los cálculos y el reparto, ofrecían lo que quedaba a los hijos y a las hijas, muchas veces a costa de apenas comer ellas mismas.

La historia íntima de repartir las migajas sitúa a miles de mujeres en un rol de experta y heroína: sacrificando el yo a favor del resto de miembros de la familia. La historia y la memoria convergen al recordar los modos particulares de comer en la mesa, sin platos individuales, todos comiendo del centro en turnos establecidos en la forma de cuchara y paso atrás. Pero el abanico de historias también se abre a espacios de picaresca y competición: “entonces se comía con el plato al centro, primero comía el padre, pero luego nosotros podíamos coger... se suponía que una vez cada uno, pero... ¡ay!, como no te espabilabas no comías... cuantas veces mi hermano mayor nos ha quitado el trozo de pan”.

Las historias generales de solidaridad también se acompañan en otras ocasiones de prácticas egoístas, muchas de las cuales han sido recordadas con tanta culpa como pesar por quienes las protagonizaron. En uno de esos relatos, la joven protagonista servía en la casa de una familia “de ricos, un señor que tenía don”. Algunos días le ofrecían algo de comida y otras veces quizás cogía un pedazo de pan que ella se guardaba. Al cabo de varios días, su padre empezó a esperarla a la salida de la casa para pedirle el pan.

.....
Estos recursos excepcionales incluían, por supuesto, a los gatos, de los que se dicen que casi desaparecieron en estos años de muchas ciudades. También de perros, que sirvieron de alimentación de grupos de vagabundos. O las ratas, las cigüeñas, los mulos y caballos.
.....

El hambre se vistió ciertas veces de formas contraculturales: padres que roban pedazos de pan a sus hijos. Estos episodios, ciertamente reales, no pueden opacar las prácticas en sentido inverso. Cuántas madres se habrán guardado el dolor de sus estómagos vacíos para dejar su ración a esposos e hijos, cuantas habrán llorado desconsoladas esperando en colas, en puertas, pedazos de pan que no llegaban. Cuántos hombres y mujeres han preparado o servido la comida de familias a las que el hambre le era extraña, saboreando el olor de una comida que nunca llegaron a probar. La gastronomía de los años del hambre constituye un menú, una cartografía de sabores perdidos y no encontrados, una carta de anhelos por mantener lo que fuimos, lo que somos, lo que seremos.

El ingenio y la ampliación de lo comestible no fue suficiente para muchas personas, que se vieron obligadas a romper las fronteras culinarias que custodian lo que puede comerse, al menos sin dejarse algo de humanidad. En ciertas circunstancias, estas no-comidas fueron parte del menú de muchas personas, asfixiadas por la presencia cotidiana del hambre. Fueron años terribles, pero aún más terribles para viudas, ancianos, familias con miembros encarcelados o gente a la que se le prohibió trabajar. La memoria recoge aún parte de ese tiempo bajo la idea que resuena en las conversaciones: lo que tuvieron que aguantar aquellas gentes para comer aquello. Aquello puede referirse a comida en mal estado. Una familia de un pueblo extremeño se vio obligada a consumir la carne de un cerdo que había sido desechado por triquina, todos los miembros enfermaron y dos de los hijos fallecieron.

Las no-comidas también se construyen al tener que comer alimentos prohibidos, simbólicamente alejados de la norma. Estos recursos excepcionales incluían, por supuesto, a los gatos, de los que se dicen que casi desaparecieron en estos años de muchas ciudades. También de perros, que sirvieron de alimentación de grupos de vagabundos. O las ratas, las cigüeñas, los mulos y caballos. También erizos, serpientes o animales carroñeros como buitres. Los relatos reflejan de manera precisa todo ello:

“A la gente del campo yo les he visto comer casi de todo. Galápagos, lagartos, culebras, erizos... había un ave de río que recuerdo que llamaban la “aguanieve”. Era una carne dura y oscura, pero tenía bastante sabor. Luego el lagarto y la culebra pues están buenos, la verdad. Eso del lagarto ha sido muy normal aquí en Extremadura. En época de la siega muchas veces era la cena normal, porque se lo encontraban en los campos y lo aprovechábamos...”

“Recuerdo también que me contaban que había un hombre en la parte del arroyo... que allí tiraban gallinas que se morían que por aquel entonces eran muchas... y ese hombre recogía las gallinas y las hervía lo menos ochocientas veces... y después se las comía... porque no tenía nada para comer vamos... y hasta los bichos muertos se comía. Había muchísima hambre... eso era horroroso. Había gente que comían romanzas, tagaznillas... y se las comían y se morían vamos... hierbas que salían en las paredes y estaban más ácidas que la leche vamos, y se las comían.”

La identidad cultural construida a partir de la comida implica, como decíamos, tabicar las fronteras de lo que puede comerse y subrayar los límites de lo que no es comestible: unas veces por el peligro al envenenamiento -la muerte biológica, presente al aventurarse, por ejemplo, con las setas- pero otras porque implica “dejar de ser persona” -la muerte social-. En contextos donde el hambre aprieta, las fronteras no sólo se amplían, sino que se rompen y se incorporan de manera puntual alimentos considerados hasta entonces tabú. Así ocurrió, por desgracia, en no pocas ocasiones. Y la gente se vio obligada, como se recuerda muchas veces, “a comer como animales, como bestias”. En esas circunstancias, los que destruyen esas fronteras cargan muchas veces con el pesar, con la repugnancia, con el asco. No quedó otra.

Las formas de lidiar con el hambre incluyeron incorporar alimentos tradicionalmente excluidos, como decíamos, por su significación simbólica -aves de rapiña como buitres, lechuzas...- pero también alimentos en descomposición o no aptos para el consumo humano. Muchas décadas después, este tipo de historias

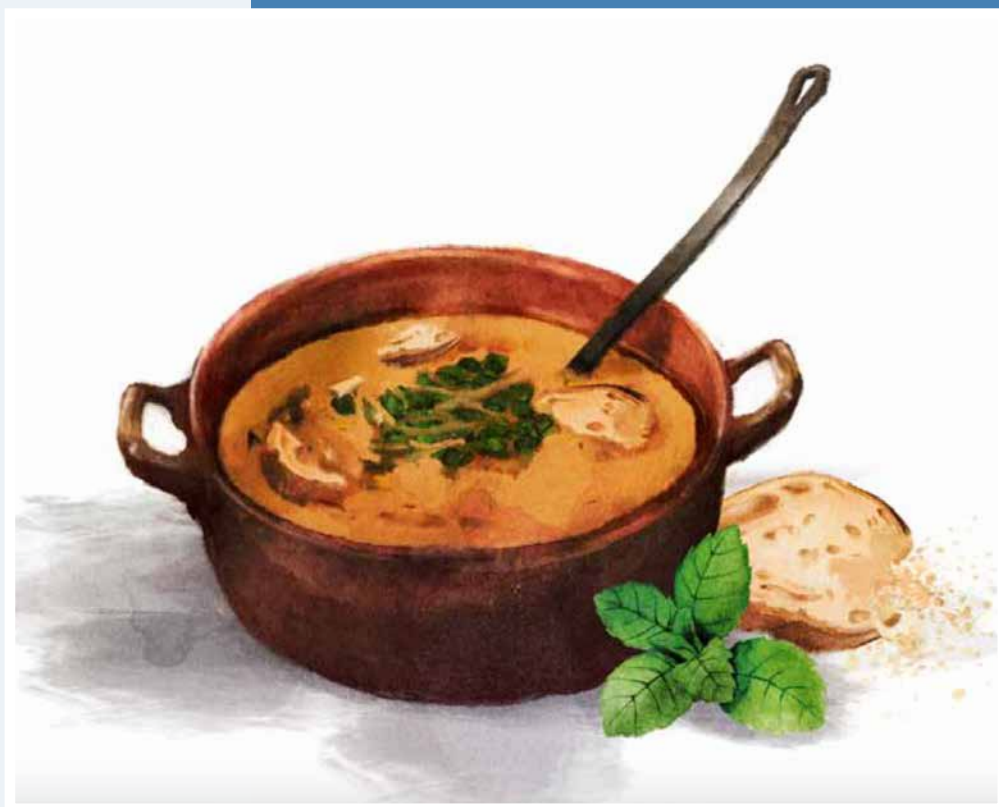


Foto 24: Recetas de los años del hambre. Ilustración de José Carlos Sampedro.

Pero junto a esos casos extremos hubo que agudizar el ingenio para hacer platos con algo de sabor a partir de simples y pobres ingredientes. Algunos ejemplos de aquellos años de inventiva culinaria son estos:

Boquerones de secano. Había muchas hierbas [...] había una hierba que le llaman lenguazas que decían que era, cuando lo freían, decían que eran pescado frito y era una hoja, así como dos dedos de ancha, con pinchillos, le quitaban los pinchillos, lo enharinaban como el pescado y lo freían y decían que eran «boquerones de secano».

Polvorones de bellotas. Se cuecen las bellotas. Una vez cocidas y blandas se espachurrean y se aplastan con el machote. Se amasa con aceite y azúcar o miel para que estén algo dulces. Se obtiene una masa, se le da forma de polvorón y a cocer en el fuego. Solían tardar unos pocos minutos.

Potaje de muelas (almortas). Se hacían con un par de hojas de laurel dándoles un poquito de sabor... Primero se hervía la verdura y las almortas, lo escurríamos bien y tirábamos el agua porque si no el caldo tenía un gusto muy fuerte y no estaba bueno. Después, volvíamos a poner agua limpia, sal, aceite, muchos ajos picados (mejor si eran tiernos), hierbabuena y pimentón dulce para darle color.

Arroz de Franco. Se ponía en una cazuela a calentar el aceite. Se echaban los ajos picados y el arroz dejando que se friera. Luego se echaba el agua para que hirviera. Se dejaba hervir, si tenías le podías echar laurel para que le diera algo de sabor. Había que removerlo para que no se quedara pegado.

habitan la memoria de muchos de los vecinos, que suelen concluir entre suspiros: lo que tenía que estar pasando aquella familia y lo que tendría que pasar después ese padre.

Aunque llamativos, estos ejemplos no constituyen el eje de la gastronomía de los años del hambre. Debemos ser prudentes y tener mucho cuidado con los excesos del presente al contemplar aquel tiempo lejano: no fueron la norma para la gran mayoría de la población, aunque fueron prácticas que tuvieron lugar. Si hoy sirven para pensar en la dureza de aquel tiempo –“lo que tuvieron que pasar para llegar a hacer eso”– entonces se asumieron como la última defensa con la que hacer frente al destino fatal de la inanición. Morir de hambre, ver morir a tus hijos. También es diferente la reconstrucción de estas prácticas desde el

presente: la ruptura de estos tabús alimentarios tiende a ser narrada con vergüenza y pesar, y situada en la esfera individual –algunos casos, algunas familias–, mientras que las estrategias basadas en el ingenio, lucha y resistencia de toda una generación comienzan a ser pensadas en términos de lucha, resistencia y empoderamiento. Para los primeros encontramos, entonces, el peso del doble estigma del ayer y del presente.

“Yo he visto a un hombre matar una cigüeña. Y dijo el hombre: los pobres tenemos que hacer barbaridades para mantener a los muchachos. Y venía con una cigüeña en un saco. Las cigüeñas no comen nada más que sapos y culebras y todas esas cosas...”

“Andaba uno allí recogiendo a vé a quien le daba la comida que no la quería. Me la dio a mí y yo me la comí, y empezó como a hacer rebuznal. Y cuando me di cuenta de que estaba diciendo que lo estaba comiendo era carne de burro lo eché tó, no pude dejar de vomitar del asco que me dio aquello...”

LOS ESTIGMAS DEL HAMBRE

5

Resulta interesante comprobar cómo las promesas de pan, de pan blanco, que Franco había hecho, no se congratulaban con la realidad del archipresente pan negro. Durante la guerra se lanzaron en tierra de la retaguardia republicana sobres con octavillas y un bollo de pan en su interior y se difundieron mensajes de todo tipo haciendo referencia al hecho de que Franco llegaría, al final de la guerra, con un pan debajo del brazo.

Es muy significativo el cartel que el Auxilio Social propagó al terminar la guerra: con las llamas todavía vivas de la guerra recién terminada varios camiones llegaban en auxilio de los españoles. Una empleada de esa institución acapara el protagonismo del cartel destacando el relato implícito de que sale de esos camiones llevando en sus brazos varias barras de pan blanco. Ella es la protagonista pero el texto del cartel no deja lugar a dudas: "Ha entrado la España de Franco". Franco entraba con ese pan debajo del brazo para socorrer a los desvalidos rojos que habían perdido la guerra y que serían socorridos por el Auxilio Social.

El Auxilio Social había nacido en la España que apoyó la sublevación franquista en octubre de 1936 con el nombre inicial de Auxilio de Invierno, con el objetivo de proporcionar ropa, comida y cobijo a quienes quedaban desamparado como consecuencia de acciones de guerra, especialmente niños y niñas huérfanos o con padres en el frente y sin posibilidad de atención familiar.

Seguía el modelo del sistema de beneficencia alemán, el Winterhilfe. Auxilio Social se convirtió en una entidad oficial del régimen mediante un Decreto de la Jefatura del Estado el 17 de mayo de 1940. Fue declarado competente para prestar asistencia y beneficencia a indigentes, además de atender a huérfanos sin recursos económicos, a los que se proveería también formación educativa. Poco tiempo antes abrieron los primeros establecimientos benéficos en la retaguardia nacional, los comedores infantiles que socorrían a huérfanos sin distinción ideológica, pero que con la asistencia en términos nutricionales se acompañaba la formación en los principios del nacional-sindicalismo. Más tarde, las de-



Foto 25: Propaganda de Auxilio Social. Fuente Wikimedia Commons.

"Treinta y tres millones de comidas mensuales reparte Auxilio Social. 126.000 personas reciben los socorros de la Obra nacionalsindicalista de protección a la madre y al niño."

nominadas Cocinas de Hermandad proveyeron alimentos que los pobres podían consumir en sus casas, ofreciendo algo de alivio para aquellos pobres vergonzantes que no paraban de aumentar.

Al cumplirse el tercer aniversario con la victoria de Franco, el diario Arriba escribía:

"Nació Auxilio Social como una incontenida ansia de mejoramiento de las duras condiciones de vida a que la guerra había conducido a grandes masas nacionales. Eran los días en que, paradas las fábricas, quieto el arado, que antes abría los campos; muertas las diversas

actividades que creen la riqueza, porque sólo hablaban las balas, se hacía preciso un remedio que curase la llaga. Falange lo buscó y la llaga quedó curada. Tanto mejor si los primeros beneficiados eran los amigos de nuestros enemigos porque así hacíamos a la vez una grande obra y dábamos al mundo una hermosa lección.”

“Y Auxilio Social ha sido desde su creación una proyección al futuro. Un comedor en octubre de 1936. Cientos en el siguiente año. Casi 5.000 en estas jornadas de fecundo aniversario. ¿Hasta cuándo en la ascendente marcha? Simplemente, hasta que la misión quede cumplida.” “Treinta y tres millones de comidas mensuales reparte Auxilio Social. 126.000 personas reciben los socorros de la Obra nacionalsindicalista de protección a la madre y al niño. Funcionan 80 talleres de la Obra Nacional del Ajuar. Han cumplido el servicio social en sus comedores 88.000 mujeres, y han dado su trabajo y su esfuerzo el medio millón de camaradas de las Secciones Femeninas. Esta es la realidad y estos son los resultados conseguidos en la lucha incansable contra los tres espectros amenazantes del hambre, el frío y la miseria.” “Nacido en la guerra, mas no solo para la guerra, es ahora cuando la labor formidable empieza.”

(“Arriba Madrid”, 28-10-39)



Foto 25: Niñas comiendo en el Auxilio Social de Albacete. Archivo Provincial de Albacete.



Foto 26: Auxilio Social en Vinaroz. Niño comiendo con símbolos de Falange. Biblioteca Nacional de España.



Foto 27: Viudas, huérfanos en caravanas de mendigos por las tierras españolas. Biblioteca Nacional de España.



Foto 28: Auxilio Social de Barcelona. Reverso fotografía: "ha llegado la hora de la comida y los chicos miran con simpatía a las muchachas de Falange que le dan el pan y la alegría". Biblioteca Nacional de España.

En ese artículo ya se adivina algo de lo que finalmente sucedió: una institución nacida para paliar la necesidades de la guerra estaba creciendo y estaba dando a entender que la excepcionalidad se normalizaba. Esto ya lo vieron quienes desde el exilio comentaban las noticias que publicaba la prensa franquista. Esta del diario *Arriba* mereció una acertada respuesta:

"Los números que proporciona la factura de estas noticias añaden cifras considerables en el aumento de comedores. *Un comedor en octubre de 1936. Cientos en el año siguiente. Casi cinco mil en estas jornadas de fecundo aniversario.* Un aire helado golpea nuestros sentimientos. ¿Cómo es posible que la confesión sea tan diáfana? El Auxilio Social nació de la necesidad impuesta por la guerra. Es decir, para paliar la miseria de los hijos de los combatientes y

.....
Esa vergüenza y en cierta medida venganza se aprecia en otras obligaciones a las que eran sometidos quienes asistían al Auxilio Social: por ejemplo, someterse a unos tratamientos higiénicos humillantes que implicaban rapado, uniformar su vestimenta o, en fin, la obligación de someterse a los sacramentos del bautismo y la comunión para beneficiarse de la asistencia alimentaria en esa institución.
.....

de los *amigos de nuestros enemigos*. Franco ofrecía a los españoles el Pan y la Justicia. Así, con mayúsculas. Y cuando el cañón ha dejado de tronar sobre los campos de España; cuando Franco anuncia la reconquista del Imperio, nuestros compatriotas se encuentran con que Auxilio Social, que era una necesidad de la guerra, se convierte en una institución permanente, que amenaza crecer en proporciones desconsoladoras.

Hasta que la misión quede cumplida. ¿Qué quiere decir Franco con tales palabras? ¿Es que va a haber más muertos, más encarcelados, más furia desatada y mortal? Si en España hubiera trabajo, habría bienestar. Si los hombres gozaran de libertad, podrían buscar trabajo, para que sus hijos no tuvieran necesidad de vivir a expensas de la caridad pública. Si Franco no hubiera desatado la guerra, la economía seguiría siendo floreciente, como lo era -así lo confiesa la prensa franquista— en los años de la República. ¿Para qué ha hecho la guerra Franco? ¿Para hipotecar nuestras riquezas naturales en beneficio de extraños? ¿Para poder decir, si cabo de tres años, que Auxilio Social es una institución necesaria?

Es ahora cuando la labor formidable empieza. El horizonte se estrecha en nubes cerradas, compactas de negros presagios. ¿Es que no hay bastantes miserables? ¿Es que no hay suficientes niños sin hogar? La fraseología falangista navega en el vacío de la falta de realizaciones”.

Desde luego Franco apoyó la ampliación de la presencia del Auxilio Social por toda España pues tenía claro que era una forma de controlar a los hijos de los vencidos bajo la apariencia de fomento de la caridad.

La tremenda carestía tuvo como consecuencia más dramática la elevada mortalidad infantil, pero hubo

otras como el notable incremento de la mendicidad y el absentismo escolar, en ocasiones motivado por la vergüenza que sentían los padres de llevar harapientos y descalzos a sus hijos.

El 6 de noviembre de 1943, el alcalde de Puertollano se dirigía en estos términos al director del Auxilio Social: “Esta mañana he girado vista a varias escuelas Nacionales de esa población. Al encontrar varios niños sin ropa y casi desnuditos, poniendo de relieve la apremiante necesidad en que se encuentran, he tomado buena nota de ello, pues en el estado de abandono en que los he visto, no son atendidos en las Escuelas ni pueden compartir la natural convivencia con los demás niños”. En efecto ser “rojo” o hijo de “rojos” y ser pobre se convirtió en un estigma en un modo de señalamiento que prolongó por más tiempo la exclusión.

Pilar Vera recordaba cómo tenían que ir al Auxilio Social a comer “arroz con gorgojo”. La experiencia de comer en el Auxilio es rememorada por muchos como otra de las experiencias humillantes y traumáticas que tuvieron que pasar. No hay que olvidar que el Auxilio Social como organización caritativa del franquismo estuvo orientada a dar de comer a los pobres pero al mismo tiempo con la voluntad no oculta de conseguir la fidelidad de quienes acudían, haciéndoles saber de manera clara o implícita que se les estaban haciendo un favor al no dejándoles morir de hambre. Por eso en el Auxilio Social funcionaban muchos de los recursos de la propaganda: rezar antes de recibir la comida o cantar el Cara al Sol después.



Foto 29: Niños y niñas del Auxilio Social de Madrid llevados a primera comunión. Biblioteca Nacional de España.

En muchos lugares fue especialmente traumática la necesidad de acudir al Auxilio Social ya que los locales solían estar en el centro de las poblaciones de manera que la desgracia se exponía públicamente y con ella la vergüenza. No es extraño que muchos aborreciesen aquellas comidas para siempre.

Esa vergüenza y en cierta medida venganza se apreciaba en otras obligaciones a las que eran sometidos quienes asistían al Auxilio Social: por ejemplo, someterse a unos tratamientos higiénicos humillantes que implicaban rapado, uniformar su vestimenta o, en fin, la obligación de someterse a los sacramentos del bautismo y la comunión para beneficiarse de la asistencia alimentaria en esa institución. En 1942, en el Hogar de Auxilio Social de Hortaleza (Madrid) se celebró la comunión de 600 niños y el bautizo de 60 de los que fueron recogidos ejerciendo la mendicidad por las calles. La esposa del jefe del Estado, Carmen

Polo, que asistió al acto, apadrinó algunos de ellos abriéndoles una cartilla de 500 pesetas. Y poco después la “cruzada contra el pecado” chantajeaba a niños y niñas dando pan, naranjas y ropa a cambio de “no pecar”.

Las aglomeraciones en servicios del Auxilio Social no solo para comer sino para entregas de otras ayudas o atenciones sanitarias marcaban claramente a quienes se venía precisados de acudir a esta institución.

Y no era solo esa exposición pública de las carencias y necesidades sino además el hecho de estar rodeados de símbolos, voces y gestos completamente contrarios a las trayectorias políticas de muchas de las familias que acudían al Auxilio Social: obligación de cantar el Cara al Sol o de rezar antes de las comidas, platos o ropas de mesas con el yugo y las flechas símbolo de Falange, fotografías de Franco y de José Antonio Primo de Rivera adornando las paredes... es fácil imaginar que los que por necesidad acudían al Auxilio Social no tuviesen buenas digestiones de lo que allí comían y escapasen de allí en cuanto tenían oportunidad.



Foto 30: Servicio Social de Albacete. Archivo Provincial de Albacete.

**MENOS FRANCO Y
MÁS PAN BLANCO**



El pan negro fue un signo y un símbolo de un tiempo y de un país: la España de la posguerra y de los años del hambre.

Comer ese pan marcaba más que cualquier otro signo (ropas, casas...) la pertenencia a un grupo histórico, el de los perdedores de la guerra y a un grupo social, el de los pobres, y por eso también se llamó “pan de pobres”. Quienes comían pan negro, pan de centeno, pero también pan de trigo mezclado con leguminosas o con tubérculos, eran los mismos que comían otras cosas nunca apetecidas.

.....
Comer ese pan marcaba más que cualquier otro signo (ropas, casas...) la pertenencia a un grupo histórico, el de los perdedores de la guerra y a un grupo social, el de los pobres, y por eso también se llamó “pan de pobres”.
.....

Fueron desplazados de todas las centralidades valoradas y deseadas: la centralidad del color blanco; la centralidad carnosa de los interiores gustosos y

obligados a comer el despreciable exterior: cáscaras de naranjas, de patatas, corteza y gordo más que magro; de la centralidad de la granja, la huerta y el plantío fueron expulsados y obligados a buscar y rebuscar comida en el salvaje campo, en los sembrados ya cosechados; alejados de la convergencia en la mesa y marginados a los rincones donde se come solo y en silencio... en fin sacados de la centralidad social. Para vivir tuvieron que hacer barbaridades como nos han recordado gentes de aquella época: comer frutos prohibidos, carnes muertas o indeseables, productos del campo sin biografía culinaria. Comer de esa manera los situó borde de la muerte física o social.

Pero la marca negra del signo que sirvió a los pobres, a los vencidos, para sobrevivir, entroncó con su significado simbólico del que se valieron los ganadores de esa guerra, para intentar rematarlos pues se usó como significante de la gran metáfora de la negritud que remitía a la exclusión en la ideología atávica judeocatólica. Como en el automatismo del proceso de incorporación que han estudiado algunos psicólogos los que comían pan negro se identificaron por el poder franquista como garbanzos negros (“personas que se distinguen por sus malas condiciones morales o de carácter”) u “ovejas negras” (“persona que en una colectividad difiere desfavorablemente de las demás”).

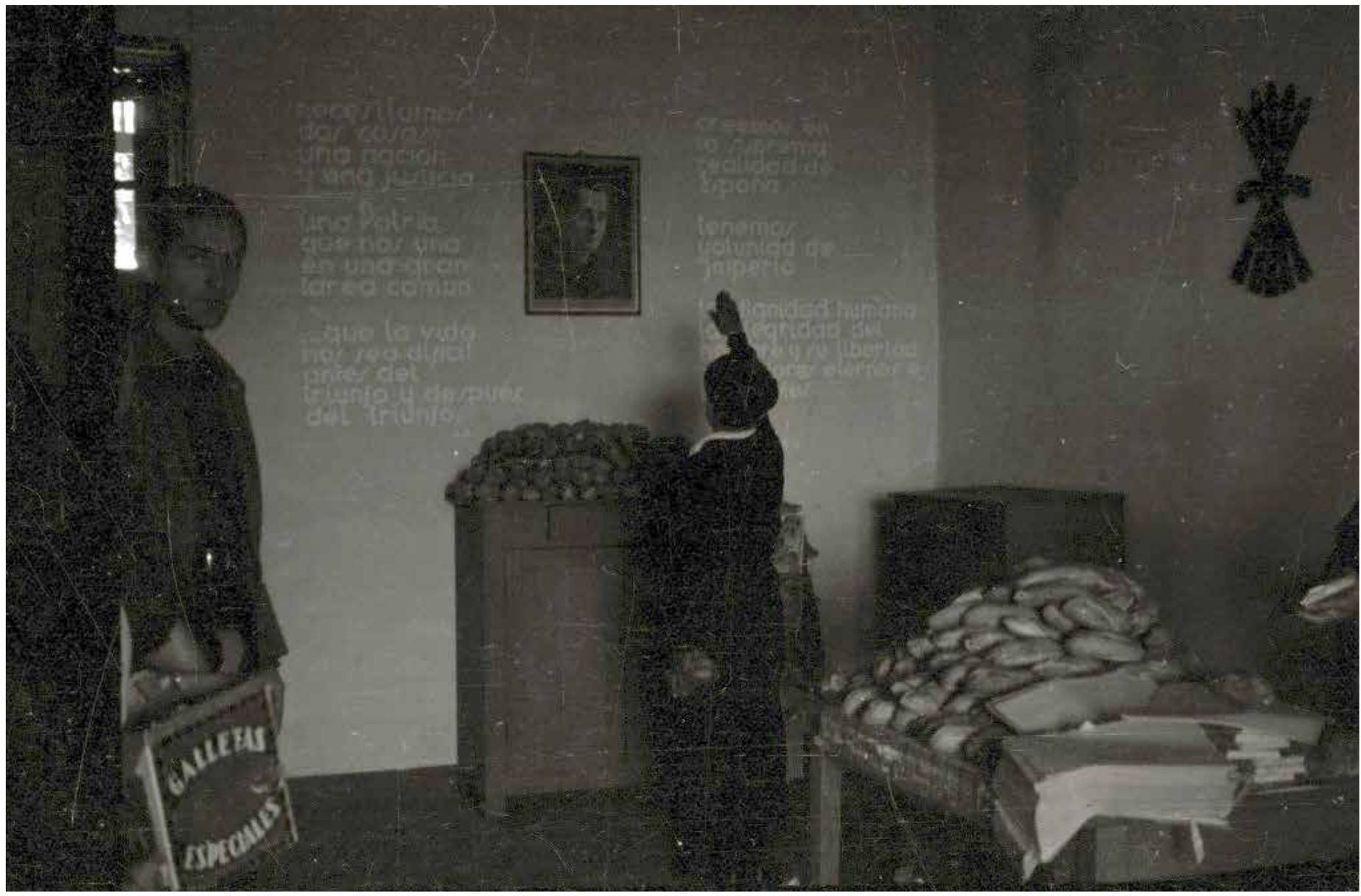


Foto 30: Nino brazo en alto ante José Antonio Primo de Rivera y una remesa de pan. Fototeca Kutxa.

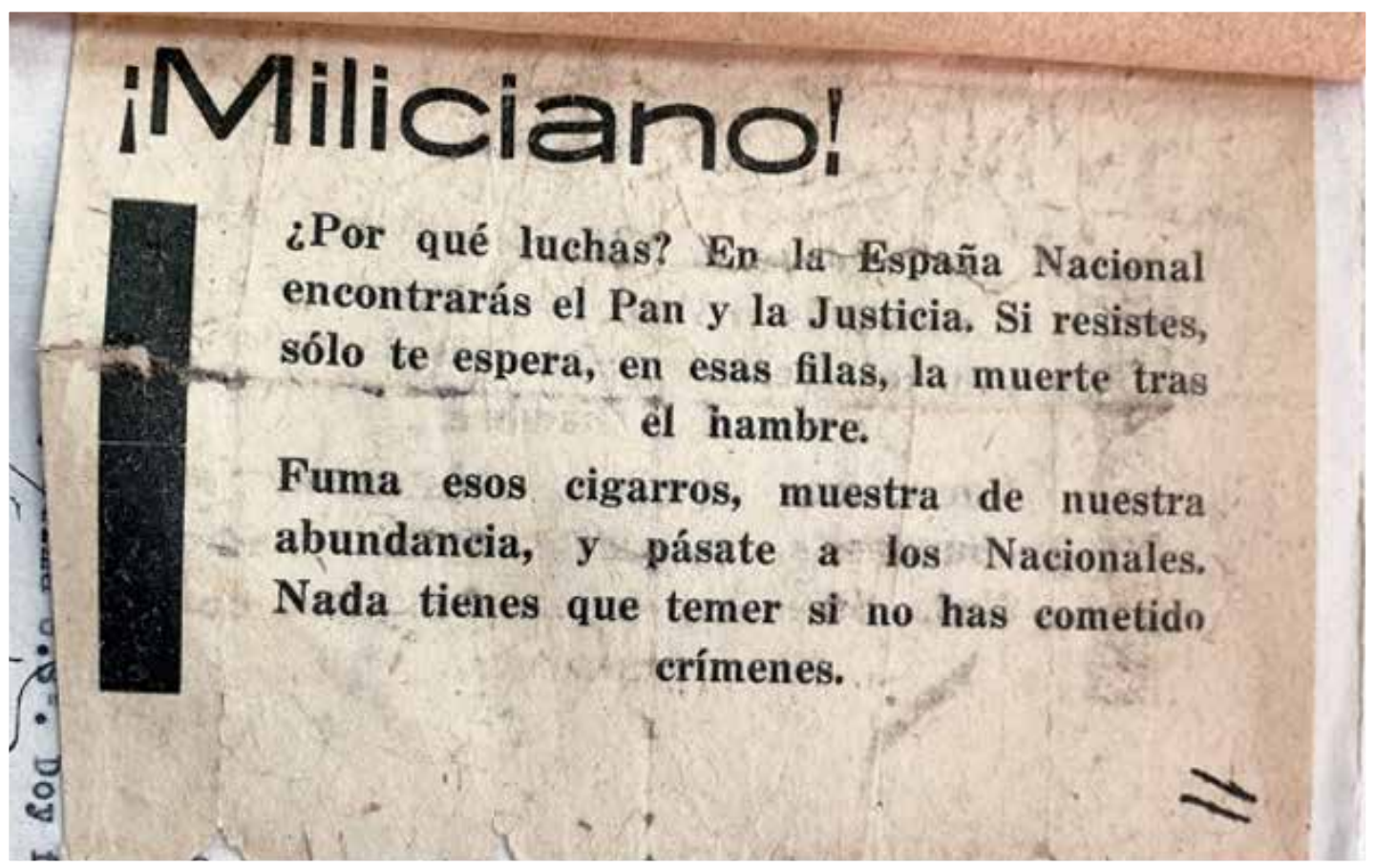


Foto 31: Octavilla lanzadas por el ejército franquista durante la guerra. AGHD. Sumario 33460.

Y esa conexión simbólica dejaba a las claras una intención última: como los condenados, estos garbanzos negros merecían esa penitencia, merecían el luto que los acompañaba... hasta que expiasen sus pecados; solo entonces podrían ver la luz, el pan blanco. Con más Franco habría más pan blanco se estaba sugiriendo de manera indirecta. Y se le agradecía a él y a José Antonio Primo de Rivera sr proveedores de pan blanco

Sin embargo, conseguir ese pan era cuestión, contrariamente, de revertir la exclusión a la que sometió el franquismo a los perdedores, como muy bien se reflejó en uno de los más famosos, recurrentes y ocurrentes de los graffiti (pintadas) prohibidos que aparecieron en aquellos años: "Menos Franco y más pan blanco". Esta pintada fue el inicio de la cárcel y fusilamiento de las 13 rosas. Una de ellas, Luisa, declaró que «habían aparecido unos carteles, uno en la Cibeles que decía Tápame que no quiero que me vean y Menos Franco y más pan blanco».

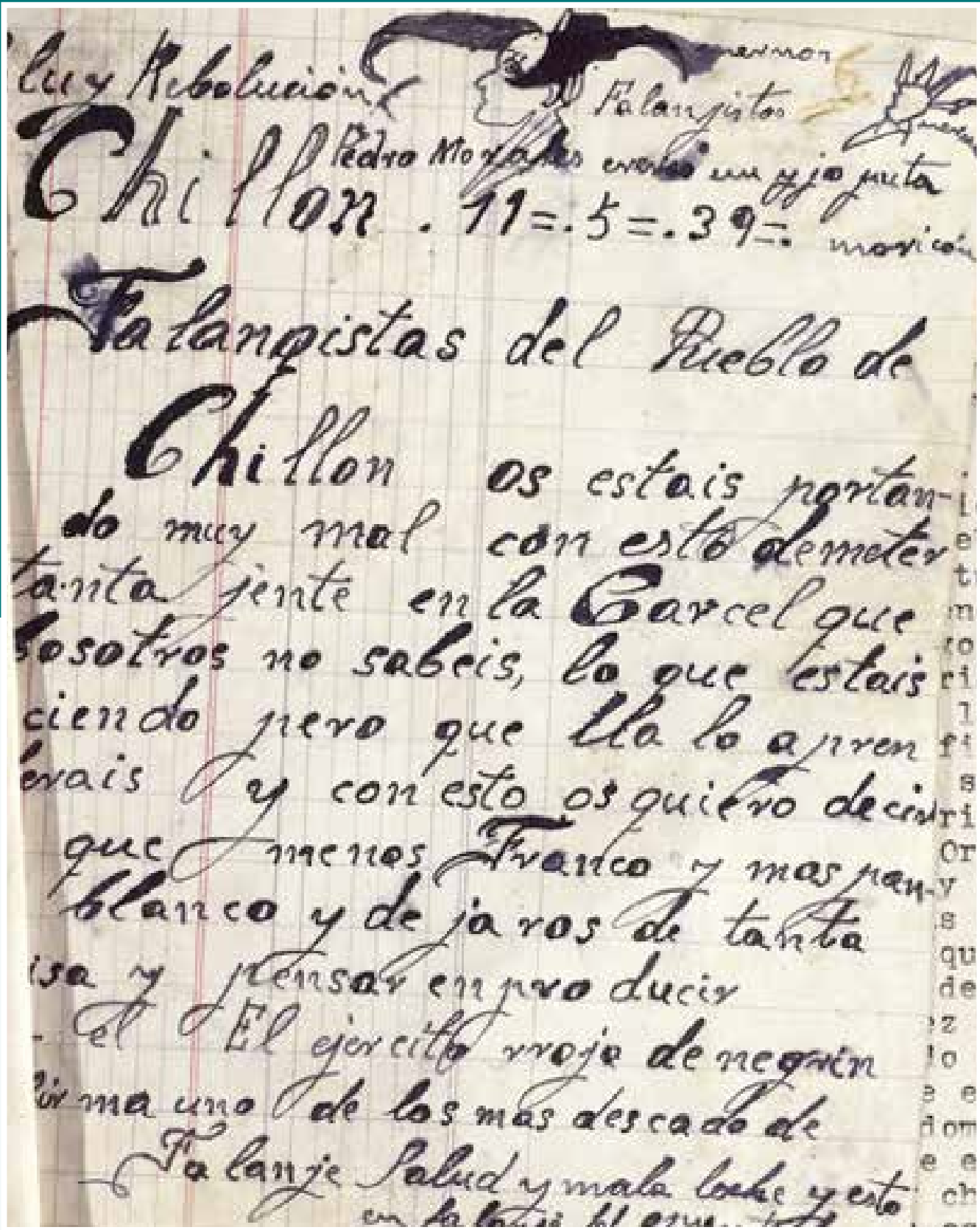
Se pregunta el antropólogo Alfonso Villalta en relación con esto ¿Por qué un trozo de papel puede ser tan peligroso para el régimen? Y afirma que era cacofónico con el «¡Viva Franco!» que se veía por doquier. Pero sobre todo chocaba con el fundacional eslogan

.....
"...como los condenados, estos garbanzos negros merecían esa penitencia, merecían el luto que los acompañaba... hasta que expiasen sus pecados; solo entonces podrían ver la luz, el pan blanco."
.....

de Franco: "ningún hogar sin lumbre, ningún español sin pan" y contrariaba la campaña que Franco había iniciado desde el comienzo de la guerra civil haciendo creer que "en la España de Franco" había pan blanco para todos. Y en base a esa apuesta propagandística se bombardearon con pan algunas ciudades. Junto al pan, varios mensajes como: "Todo es mentira en las propagandas rojas, este es el pan de cada día en la España de Franco. El que guardamos en nuestros graneros, para compartirlo el día de la celebración con los hermanos cautivos" o el archiconocido, "En la España Nacional, Una Grande y Libre, no hay un hogar sin lumbre ni una familia sin pan".

Ir contra ese eslogan fundacional acabó con la vida de las 13 rosas y también llevó a la muerte al joven levantino Fernando Lizarbe que en un retrete público de Puertollano escribió: «Menos Franco y más pan blanco. Viva Negrín». El joven de 18 años fue detenido y aunque testificó que lo había escrito sin pensar, que no tenía formación política pues durante la República y la guerra era un niño y había acudido a esa ciudad simplemente a vender naranjas. La certeza de todo ello no sirvió para salir de la prisión a la que fue conducido. Acabaría

Foto 32: Pasquín encontrado en una calle de Chillón (Ciudad Real). AGHD Sumario 3890.



muriendo en la cárcel acribillado por la guardia civil el 31 de diciembre de 1939 durante el intento de evasión de otros presos de la cárcel de Almodóvar.

Y un caso más expresivo de esa inquina contra aquellos que osasen borrar la identificación entre Franco y pan blanco. En el pueblo de Chillón, en la provincia de Ciudad Real, apareció el pasquín que se reproduce más abajo que decía:

Salud y Revolución [...] Chillón. 11-5-39 [...] Falangistas del Pueblo de Chillón os estáis portando muy mal con esto de meter tanta gente en la Cárcel que Vosotros no sabéis, lo que estáis (haciendo pero que ya lo aprenderéis y con esto os quiero decir que

.....
"En la España Nacional, Una Grande y Libre, no hay un hogar sin lumbre ni una familia sin pan".
.....

menos Franco y más pan blanco y dejaros de tanta misa y pensar en producir. El ejército rojo de Negrín..."

Un dibujo al inicio de la página destaca un rostro humano con cuernos, aludiéndose a ese rostro el texto "cuernos falangistas".

Florencio Amaro fue condenado por ese escrito a 12 años de prisión por "auxilio a la rebelión". Una rebelión que podía tener sentido en ese contexto como respuesta lógica a la evidencia de que Franco no trajo pan blanco sino miseria y hambre.

OTROS EJEMPLOS

LA MEMORIA DEL HAMBRE HOY

Los científicos sociales han rastreado las formas en que la memoria se adhiere al presente, marcando maneras de sentir o comportarse que se transmiten de generación en generación, aunque las causas que las motivaron se vuelvan borrosas. Ciertas situaciones experimentadas como crisis o traumas sociales persisten en modos de habitar el presente muchos años después. La memoria del hambre de posguerra ha pervivido en las generaciones venideras de formas diversas, incrustada en los procesos de transmisión del recuerdo que han sido las cocinas, las mesas de comida, los diálogos sobre el ayer a partir de la manera de llenar los platos, de conversar sobre los nuevos tiempos. Una parte de lo que fuimos se aprecia aún hoy en lo que somos.

La comida y las prácticas alimentarias son un vehículo de transmisión cultural poderosísimo, de tal manera que en ellas es posible encontrar restos de naufragios, pequeños indicios de herencias, botines que se cobijan del tiempo y su pasión por el cambio. De esta manera, el

recuerdo de aquel tiempo se ha transmitido en las palabras y las casas más que en los libros de historia: “Cuántas veces lo decía tu abuela, que no tengas que pasar una guerra y lo que vino después... *pobrecinos*, lo que tuvieron que sufrir”. Es la presencia del hambre incrustada en la conversación cotidiana de comedores, alacenas o cocinas.

Pero no es solo a través de las palabras que encontramos esa continuidad, también en las elecciones y preferencias alimentarias, en las sanciones morales por no valorar la comida puesta en la mesa. Cuando algún joven de la familia rehusaba terminar una comida que no era de su agrado, cuando se enfadaba porque no habían servido en la mesa la comida que le apetecía, alguien siempre reconvenía con el peso severo de esa memoria: “tenías que haber vivido los años del hambre, entonces no...”; “Tenía que venir otra guerra, ibas a ver tú lo que es bueno...” Luego a continuación, una parte de un relato familiar de supervivencia, de lucha por conseguir comida, de peleas entre hermanos por introducir la cuchara más veces en el plato. Durante generaciones, la idea de dejar comida en el plato se ha considerado como una clara muestra de falta de educación, una desatención grave a los modales de la mesa. Un desagravio cultural a la memoria de los tiempos de escasez.

Foto 33: Portada de *Le Petit Journal*. El hambre en Bretaña (Francia). Creative Commons.

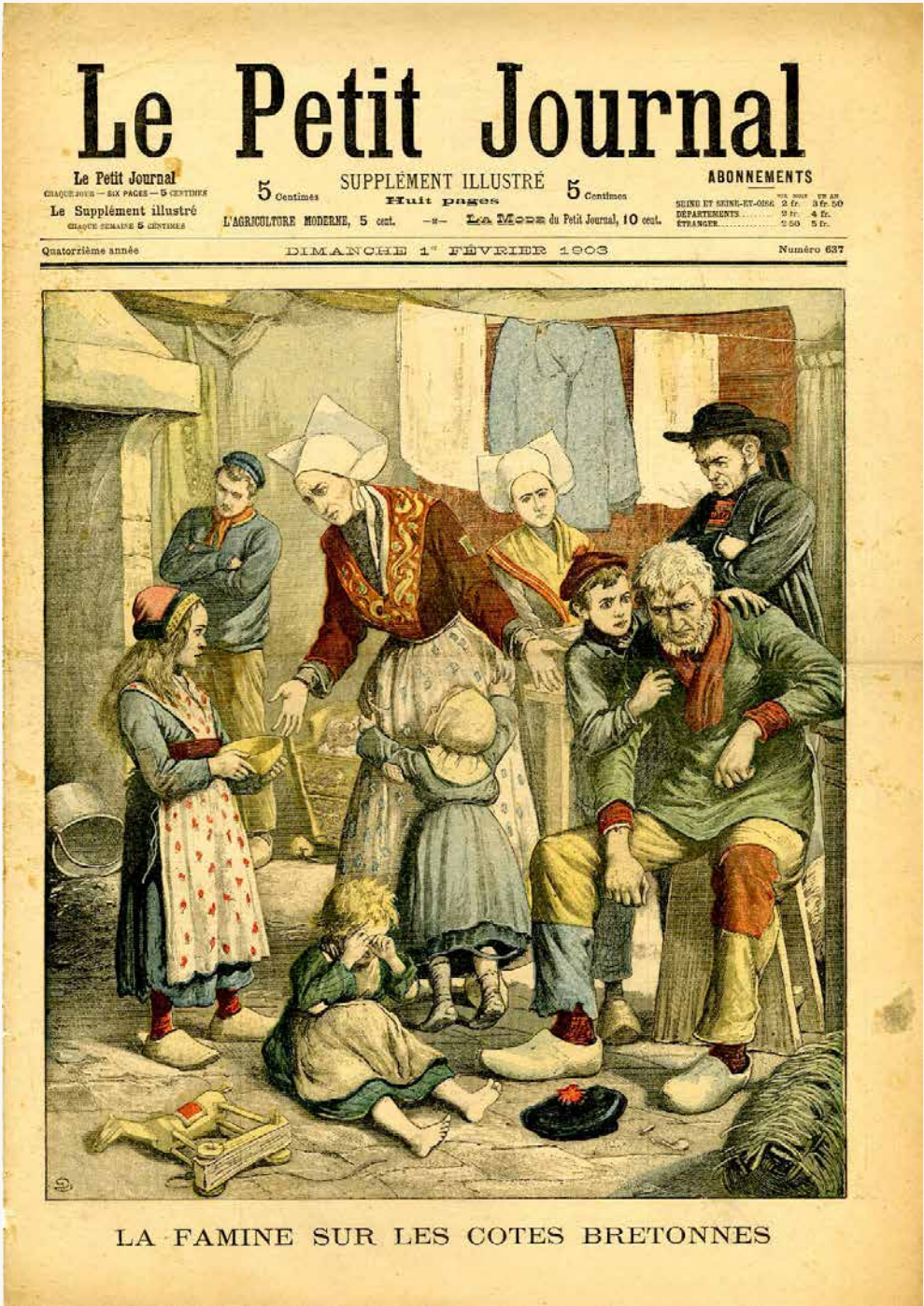




Foto 34: Situación en el campo de refugiados Conditions Ali Hussein, uno de los existentes en el cuerno de África (2011), Fuente: Oxfam. Creative Commons.

También es posible vislumbrar la herencia de la carencia en las compensaciones que se han hecho en los años venideros: afirmar la presencia para borrar la memoria de la ausencia. Esto se observa de manera clara en el consumo exacerbado que marca las maneras de comer en épocas festivas o de celebración, definidas en ocasiones por el consumo conspicuo. Son momentos definidos por el exceso “un día es un día”, “de algo hay que morir”, “por si acaso mañana no estamos”. Grandes en cantidad, pero también en gasto, comidas caras que se envuelven con enormes dosis de alcohol: “yo ya pené mucho de mozo, como para no aprovechar estos momentos...” Muchas de las decisiones alimentarias se orientan hacia el presente, “por lo que pueda venir”, “que me quiten lo lo *bailao*”, y en esa idea sobrevuela la idea de volver al hambre.

La herencia de los años de escasez también ha visto su continuidad en las formas presentes de valorar la cantidad, de apreciar de forma positiva los platos desbordantes. Es también una forma de conjurar

el ayer. Los españoles de varias generaciones hemos estimado la calidad de una comida por su volumen, por la exhibición y consumo de grandes cantidades. Hasta hace muy poco, hasta la emergencia de la cocina de autor y la primacía de la “experiencia culinaria”, se apreciaban las raciones amplias, los platos del día llenos. Los restaurantes con platos abundantes se comentaban con amigos, como la generosidad con las tapas en los bares. El boca a boca sobre esta cuestión llegaba a condicionar el éxito del local. La valoración del banquete de una boda partía a partir de la sensación de saciedad, de “comer hasta reventar”. Los nietos comentan aún los recuerdos de esa infancia en que las abuelas se empeñaban en hacer rebosar los cuencos y platos, y con esta manera de saciar los cuerpos parecía conjugarse las deudas con el ayer.

Aunque pueda parecer contradictorio con la idea anterior, los jóvenes de las generaciones venideras han sido instruidos durante toda la segunda mitad del siglo XX en la idea de aprovechamiento. Por ejemplo, a no dejar comida en el plato, a terminar todo lo que le ofrezcan como una forma de respeto, no sólo al anfitrión, sino a la memoria de un pasado reciente compartido. La comida de aprovechamiento incluía el uso de productos de temporada o el uso de las sobras para cenas u

otros platos de aprovechamiento. Comer “de sobras” o “las sobras” forma parte de esa identidad culinaria que encarnó la memoria social del hambre durante varias generaciones después.

La memoria del hambre también expresa continuidades a través de los deseos y el gusto del presente, que parecen saciar carencias y apetitos de la infancia. Muchas personas mayores que crecieron en los años de escasez guardan espacios de memoria para la primera vez que probaron algún alimento, algunos de ellos hoy tan cotidianos como los huevos fritos o el jamón, reservado para enfermos o una minoría durante muchos años. La memoria del hambre ha construido, como parte de ese tiempo de infancia, las preferencias o los gustos alimentarios, en ocasiones por el deseo o lo anhelado, otras veces por el asco, el estigma o el hartazgo de lo repetitivo.

No son pocos los informantes que pretenden negar las emociones de ese pasado a partir de la abstinencia de unos productos, como comenta Azucena: “Mi madre que tiene 81 años odia las habas, porque las comió mucho de pequeña y le recuerdan el hambre que pasó. Mucho del gusto de la presente choca hoy con las prescripciones alimentarias de los profesionales de la salud, que piden consumir más frutas o verduras y menos grasas o carnes, pero que se encuentran con respuestas que vienen de lejos: “con el hambre que pasé de chico voy a comer ahora lechuga... donde esté un buen trocito de tocino.”

Pocas continuidades más importantes en esta generación que el valor simbólico otorgado al pan. Se ha venerado de manera devota, hasta el punto de que se riñe a los niños que no lo colocan “boca abajo”. Los años del hambre fueron, sobre todo, los años sin pan. Comer sin pan remite por ello, para muchos españoles, a un cierto espacio simbólico incompleto: “Mi marido

si no tiene pan en la mesa para comer, como si no hubiera comido para él. (...) él si no hay pan en la mesa para él es como si no hubiera comida ni hubiera nada, le gusta mucho el pan”. Las comidas más apreciadas, hasta hace no mucho tiempo, se han acompañado de pan, también para mojar y arrebañar el plato. Aunque las generaciones más jóvenes se han visto influenciadas por otros discursos y es posible ver cómo el consumo de pan ha ido decreciendo con el paso de los años, durante muchas décadas ha sido el elemento central en las mesas españolas.

Se desayuna, se come y se cena pan. Aunque la variedad de panes es mayor que nunca, aunque los discursos de cuidado al cuerpo ensalzan los panes con fibra o el pan de centeno, el más valorado sigue siendo el pan de trigo. Así se entienden esas imágenes de supermercados, en pleno desabastecimiento por la pandemia de Covid-19, con las estanterías completamente vacías en las que apenas se podía encontrar esos otros panes. Panes de enfermo, como los llaman hoy algunas personas.

Para asombro de algunos turistas extranjeros que nos visitan, la memoria de los modos de ese ayer sigue presente en los platos que se sirven al centro y son compartidos entre todos los comensales sin que se sirva en un plato individual. El tradicional pisto, las ensaladas, o incluso las tablas de quesos o embutidos se sitúan al medio y se dejan los turnos de consumo autorregulados, lo que remite a ese espacio del pasado, a esa forma de comer del cucharón y paso atrás. Para generaciones más jóvenes, “mojar pan” en el mismo plato es un signo de malos modales. Pero hasta hace poco remitía a esa herencia compartida que define también lazos de parentesco o amistad. Algo similar podríamos decir de la práctica de “arrebañar el plato”: utilizando pan como cubierto, pasarlo por el plato cuando en este queda poca comida para asegurarse que no queda resto de las salsas o caldos que no puedan ser tomados con el resto de los cubiertos.

Los años del hambre no fueron sólo años de vergüenza y estrechez, sino tiempos de resistencia, de ingenio, de imaginación. Un allí estuvimos, allí aguantamos que merece la pena ser recordado. Aunque esa memoria ha estado presente en continuidades culturales de las que no siempre hemos sido conscientes.

HAMBRES
PASADAS

La historia de la humanidad está llena de hambres y hambrunas. Un breve recorrido impresionista a lo largo de la historia de las hambrunas nos enseña los más terribles efectos que puede provocar y hasta dónde llegó la imaginación y la desesperación para comer cosas inverosímiles.

En la Biblia se comenta cómo en una de las plagas, “agotados por la penuria y el hambre, roían el suelo reseco, la tierra desierta y desolada.” (Job, 30, 3). En el cerco a la ciudad de Samaría hubo tanta hambre que se tuvo que comer cabeza de burro y estiércol de paloma (2 Reyes 6:25). Lo mismo sucedió en otro cerco famoso en la antigüedad, el de Jerusalén: “Transidos de hambre, los proscritos husmeaban como perros enloquecidos, royendo lo que fuera: cinturones, zapatos e incluso el cuero de sus escudos. Otros devoraban manojos de paja, y luego sucedió el horroroso caso de María de Betezuba...Enloquecida por el hambre, tomó a su bebé que tenía en su pecho, y dijo: “¡Pobre bebé! ¿Por qué debería preservarte para la guerra, el hambre y la rebelión? Ven, sé mi alimento (...) con esto, mató a su pequeño, asó su cuerpo, y devoró la mitad del mismo, ocultando el resto” (Flavio Josefo).

En la conquista del Río de la Plata, en 1535: “Fue tal la pena y el desastre del hambre, que no bastaron ni ratas ni ratones, víboras y otras sabandijas; hasta los zapatos y cueros, todo tuvo que ser comido.... Ruy Díaz de Guzmán añade que tuvieron que comer carne humana “los vivos se sustentaban de la carne de los que morían, y aún de los ahorcados por justicia, sin dejarle más de los huesos, y tal vez hubo hermano que sacó la asadura y entrañas a otro que estaba muerto para sustentarse con ella. (A este último párrafo, Enrique de Gandía agrega una escueta nota: “Es la historia real de Diego González Baytos, que hemos podido confirmar”).

Cabeza de Vaca refiere que el hambre de algunos de los indios de norteamérica con quienes convivió llega al extremo de comer “arañas y huevos de hormigas y gusanos y lagartijas y salamanquesas y culebras y víboras y comen tierra y madera y todo lo que pueden haber y estiércol de venado y otras cosas que dejo

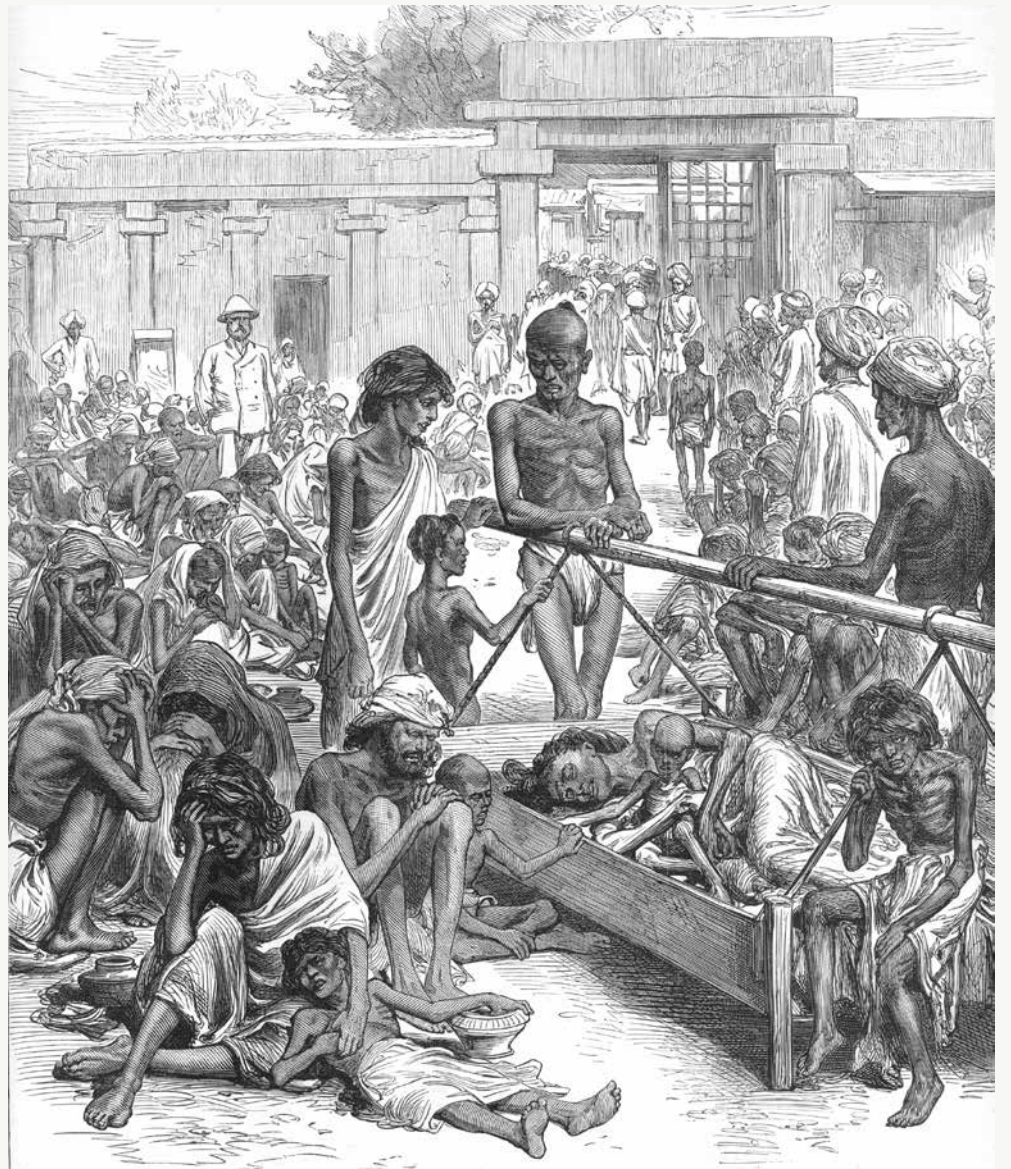


Foto 35: Hambruna de la India. 1876-1878. Wikimedia Commons, dominio público.

de contar y creo averiguadamente que si en aquella tierra hubiese piedras las comerían” (Naufragios).

En la relación de la primera vuelta al mundo (1519-1522) de Magallanes y El Cano se dice: “Por no morir de hambre, nos hemos visto obligados a comer los trozos de piel de vaca que cubrían el mástil mayor a fin de que las cuerdas no se estropeen contra la madera... Muy a menudo, estábamos reducidos a alimentarnos de aserrín y las ratas, tan repugnantes para el hombre, se habían vuelto un alimento tan buscado, que se pagaba hasta medio ducado por cada una de ellas...”

Además de los desastres naturales como sequías y la situación de prolongado aislamiento en sitios sin víveres, el hambre con frecuencia se ha desencadenado por las guerras, así.

En el prolongado sitio a Leningrado durante la segunda guerra Mundial “La gente comía hierba, cola de carpintero, hervía el papel de las paredes, los cinturones de cuero y ¡los libros...! ” (Michael Jones, El sitio de Leningrado, 1941-1944”).

Una fuente inagotable de referencias acerca del hambre en la edad moderna procede de la Guerra de los 30 años. Entre otras Delaunau describe escenas colectivas de autofagia: “aquellos que no osaríamos decir si no lo hubiéramos visto, y que causa horror: se comían sus propios brazos y manos y morían de desesperación” (1978: 164).

Ese extremo de la autofagia y de la antropofagia en occidente ha señalado como evidencia definitiva de cómo manda el cuerpo sobre la mente, de hasta donde un “hambriento” puede llegar para llenar su estómago.

La extensión del canibalismo da la medida de la desesperación que provocó la carestía de alimentos. La gente se desmoronaba de hambre. La vida se redujo a tratar de encontrar comida. En las reflexiones San Basilio respecto al hambre en el S. IV podemos leer:

“El mal del hambriento, el hambre, es un estado miserable. El hambre es la primera de las calamidades que golpean a la humanidad. Su salida es la muerte más miserable de todas... El hambre provoca un lento suplicio, largos dolores, un mal que habita y se esconde en el interior, una muerte que siempre está presente y siempre se acerca lentamente. Pues consume los humores naturales, enfría el calor y reduce el peso del cuerpo, consumiendo poco a poco sus fuerzas. No hay

alrededor del cuerpo más carne que en una araña. La piel ya no tiene brillo. Porque, con la sangre agotada, su color desaparece; ha perdido su blancura y la delgadez oscurece la superficie. El cuerpo está lívido, la palidez se mezcla míseramente con el ennegrecimiento por efecto de la enfermedad. Las rodillas no soportan ya y no se mueven sino con esfuerzo y dificultad. La voz es débil y lánguida; los ojos están debilitados en el fondo de las órbitas, inútilmente envueltos en sus cuencas, como nueces desecadas en su cáscara. El vientre está vacío, contraído sin forma ni volumen, las vísceras han perdido su turgencia natural, pegadas a los huesos de la espalda. Los rigores del hambre han forzado, de manera repetida, a numerosos seres a invertir los términos de la naturaleza, llegando el hombre a nutrirse del cuerpo de miserables y la madre a reintroducir en su vientre el hijo que había salido de él” (en p. 200).

El estómago manda hasta el punto de invertir los términos de la naturaleza, haciendo que la carnes de los muertos se coman para dar vida y los hijos recién nacidos vuelvan a seno de la madre que los engulle. Así lo narraron los deportistas uruguayos, en los Andes que justificaron en la llamada del estómago el haber ingerido no solo carne humana sino partes de esas que en el esquema mental occidental llevar a un horror más grande que aquel que provoca la palabra carne humana; comieron testículos, cerebro, tripas...

Pero este repaso no debe hacernos pensar que el hambre es cosa del pasado. El siglo XXI a pesar de su corta vida está lleno de situaciones de hambre.

HAMBRES DEL PRESENTE

La realidad del hambre no es, por desgracia, un asunto del pasado lejano. De acuerdo con las cifras disponibles, un total de 733 millones de personas pasaron hambre en 2023. Una de cada 11 personas en el mundo, una de cada cinco en África. Los objetivos de erradicar esta lacra para el año 2030 están lejos de cumplirse. Más bien al contrario, los números describen una historia de fracaso e involución. Tras permanecer relativamente sin cambios desde 2015, el porcentaje de personas afectadas por el hambre se disparó en 2020 y siguió aumentando en 2021, hasta alcanzar el 9,8 % de la población mundial, frente a los porcentajes del 8 % registrado en 2019 y el 9,3 % en 2020.

Una persona muere de hambre en este presente de recursos suficientes cada cuatro segundos. Una cada cuatro segundos.

En los últimos años hemos asistido con pesar al ruido

de noticias de hambrunas en muchos lugares del planeta. En agosto de 2001, la mirada mediática y la ayuda se dirigió a la región Ch'orti' del oriente de Guatemala. Tal y como se recogía en algunas de las crónicas periodistas, las imágenes de las hambrunas africanas habían hecho su aparición en esta zona centroamericana. Niños famélicos, con estómagos abultados, cuerpos atravesados por el hambre. Luego la muerte. El periódico *Siglo XXI* describía de esta forma la consecuencia del hambre:

“Ayer murió Juanita. Juanita García, la niña de 12 años que estaba perdiendo el cabello a causa de la desnutrición, falleció ayer a las 2:00 horas, en su lecho del hospital Bethania. Allí estaba el miércoles, cuando la visitaran los reporteros de Siglo Veintiuno. En medio de los dolores, esbozó una sonrisa que iluminó su rostro demacrado y se levantó para sentarse en una banca (...) después trató de levantarse, pero la debilidad le ganó. Se desvaneció y trató en vano de llorar. Pero no había lágrimas. Era imposible con esa deshidratación”.

El gobierno guatemalteco declaró el Estado de Calamidad y las instituciones del desarrollo desembarcaron en masa para atender

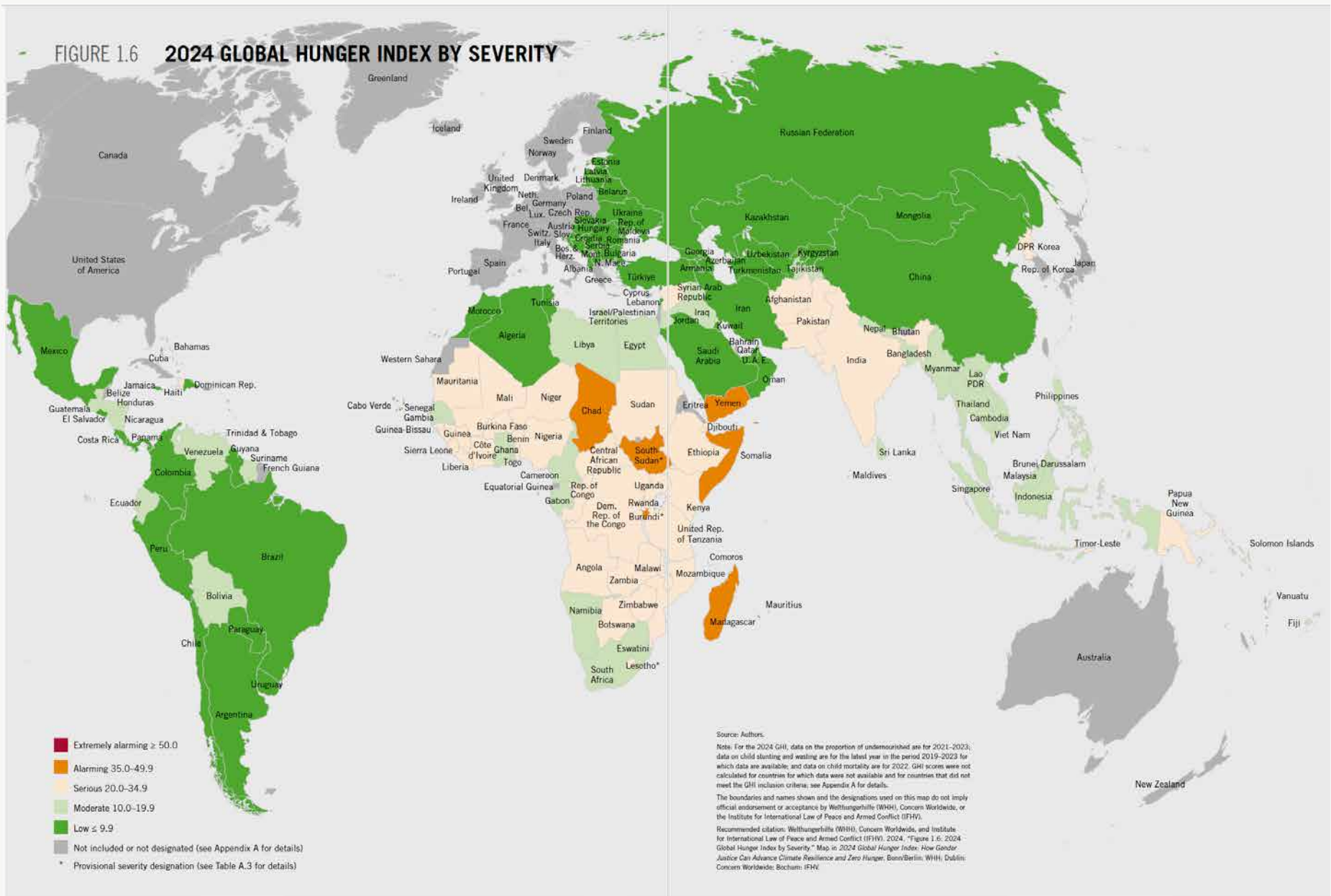


Foto 36: El hambre en el mundo (2024). Welthungerhilfe (WHH), Concern Worldwide, and Institute for International Law of Peace and Armed Conflict (IFHV). 2024. "Figure 1.6: 2024 Global Hunger Index by Severity." Map in 2024 Global Hunger Index: How Gender Justice Can Advance Climate Resilience and Zero Hunger. Bonn/Berlin: WHH; Dublin: Concern Worldwide; Bochum: IFHV. Wikimedia Commons.



Foto 37: Portada de la revista *Crónica* N° 692, septiembre 2001.

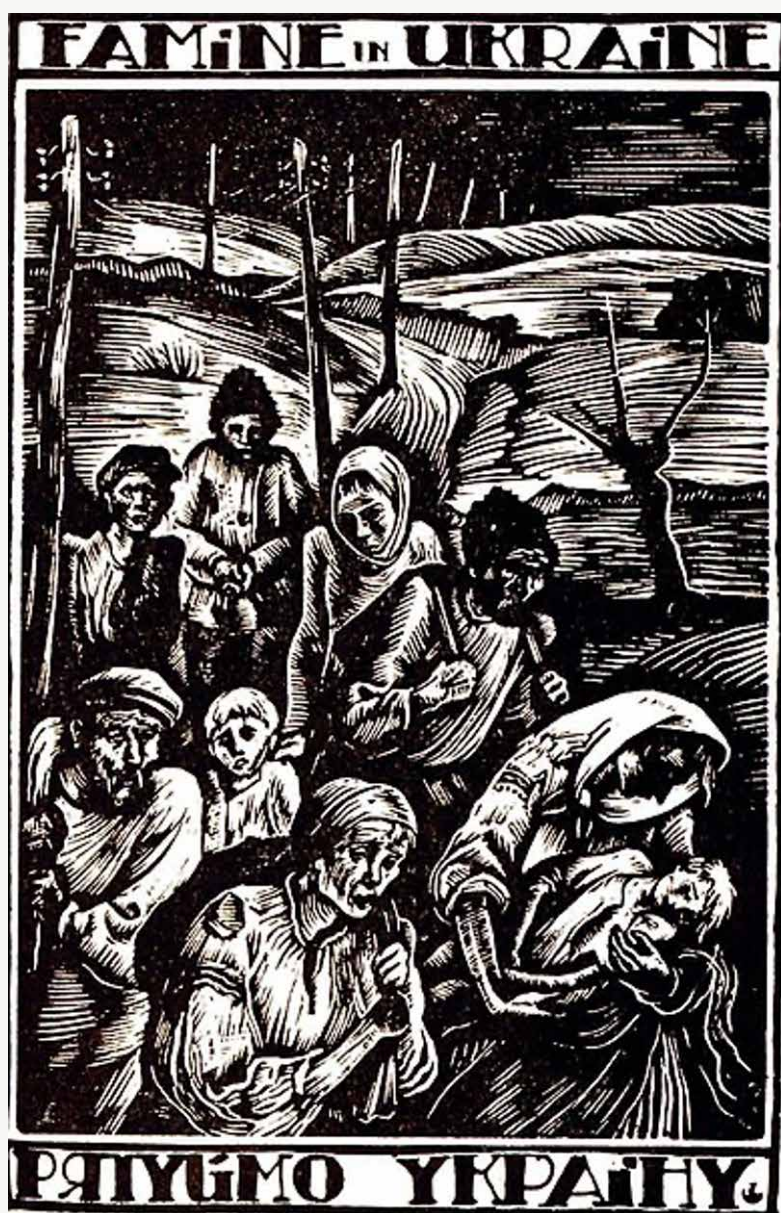


Foto 38: Zofia Nalepińska-Bojczuk, *Głód na Ukrainie - Ratusj Ukraine*, años 1920, Wikimedia Commons.

a aquellos que sufrían de hambre y malnutrición. Más del 80% de los 11,5 millones de habitantes del país en ese año se encontraban en situación de pobreza y extrema pobreza. Se había “descubierto una situación que era endémica para muchos habitantes del país, especialmente la población indígena: su vida cotidiana estaba ligada al “hambre perpetua”. En ese año, la desnutrición crónica entre la población indígena alcanzaba el 70%.”

No es una historia de tiempo atrás. En 2024, las cifras oficiales hablan de un total de 16,384 niñas y niños con desnutrición aguda. La cifra más alta de los últimos tres años. Las cifras de desnutrición crónica son alarmantes, y hoy en día, uno de cada dos niños guatemaltecos se encuentra en esa situación.

La presencia del hambre en los últimos años se relaciona con los conflictos bélicos, el impacto de la pandemia de la Covid-19 o la crisis climática. Pero es una realidad contemporánea imposible de no atender. En el año 2023, más de 30 millones de personas se enfrentaron en el Cuerno de África a los efectos del hambre por la pérdida de cosechas. Los estragos de un periodo de sequía seguido de inundaciones obligaron a familias de Etiopía, Somalia y Kenia a desplazamientos forzados en busca de comida. La pérdida del acceso a alimentos provocó la muerte de 43.000 somalíes, la mitad de ellos menores de cinco años.

Las catástrofes relacionadas con el clima se han intensificado y las tormentas e inundaciones no dejan de aumentar con respecto al promedio de décadas anteriores. Esto se traduce en un aumento de las personas que se ven atrapadas en situaciones de inseguridad alimentaria aguda. El impacto de estas crisis climáticas no afecta por igual a países ricos que pobres. Las sequías que afectan a El Sahel, las que afectan a Madagascar que se conjugan con los efectos de la deforestación o las tormentas tropicales y huracanes que afectan a la zona del Corredor Seco centroamericano se traducen en formas contemporáneas de sufrimiento por hambre.

Las cifras muestran que la violencia y el conflicto se relacionan de manera inevitable con el hambre: 6 de cada 10 personas con hambre viven en un país en conflicto. Millones de personas huyen del hambre y se convierten en refugiados, de los que la mayoría acabará en una situación de desplazamiento prolongado, con dificultades para alimentarse en campos o poblaciones de acogida.

La geopolítica de los conflictos también contribuye a un empeoramiento de la situación. La guerra de Ucrania supuso un encarecimiento del



Foto 39: Doña Dambiana con una de sus hijas en la consulta médica. GUATEMALA, Lorenzo Mariano.

precio los cereales o el aceite en países africanos, muy dependientes de este comercio. Por ejemplo, Mali, importaba el 70% de los alimentos que consumía. En Mogadiscio, la capital de Somalia, el precio de la harina aumentó un 50% en los primeros meses del conflicto. El número de personas que se encontraba en clara situación de inseguridad alimentaria no hizo más que crecer. En mayo de 2022 el precio de los cereales tocó techo debido a una guerra que tenía lugar en otro continente. Y la gente, especialmente niños, volvía a morir de hambre. Otras guerras son internas. En Etiopía, el fin de un conflicto en 2022 aún arrastra consecuencias y hay más de seis millones de personas que pasan hambre.

Narrar el hambre con el discurso de los grandes números – casi un millón de niños menores de cinco años en Kenia están en situación de desnutrición- puede llevarnos a alejarnos del sufrimiento que implica para esas personas. Detrás de cada cifra se esconde una persona, una vida, ante la que no podemos quedarnos inmóviles, ante las que no podemos mostrarnos insensibilizados. La Estrategia 2030 es clara respecto a la primera meta del objetivo 2: PONER FIN AL HAMBRE. “De aquí a 2030, poner fin al hambre y asegurar el acceso de todas las personas, en particular a las personas pobres y las personas en situaciones de vulnerabilidad, también se incluye a la infancia, (menores de 1 año) a una alimentación sana, nutritiva y suficiente durante todo el año.” No lo estamos consiguiendo. Es imperativo conseguirlo.

INICIA
TU PROPIO
PROYECTO

HAMBRES Y RESISTENCIAS DE NUESTROS ABUELOS

Puedes plantear un proyecto de investigación sobre la memoria del hambre durante el franquismo. Es una investigación que puede ser dura porque lleva a recordar momentos difíciles de la vida de nuestros antepasados pero al mismo tiempo regeneradora porque permite que se conozcan estrategias para sortear el hambre y resistir en tiempos difíciles.

Para tener una memoria del hambre de posguerra a partir de los testimonios de quienes lo vivieron lo importante es hacerse idea del paso del tiempo: los que eran niños y niñas en los años 40 en la actualidad tendrán más de 80 años por lo que las personas preferentes para el proyecto serán muy mayores y se puede contactar con ellos presentando la investigación a las direcciones de residencias de mayores que será un buen lugar para realizar el proyecto. Pero también se puede trabajar con los hijos de aquellos que pasaron hambre y que, aunque no lo sufrieron en primera persona, si escucharon reiteradamente el relato de las penurias de sus mayores y de cómo se las ingeniaron para salir adelante.

El proyecto tendrá dos objetivos claros y sencillos: el primero conocer de primera mano cómo fue el hambre que se pa-

decio: qué productos faltaban, cómo era la vida en el Auxilio Social, cómo eran las cartillas de racionamiento, qué consecuencias sobre la salud y la vida tuvo el hambre y el segundo objetivo será conocer las estrategias que los grupos más desfavorecidos y que sufrieron hambre, pusieron en juego para sortearla: inventar recetas, buscar y rebuscar productos inverosímiles, activar picarescas de todo tipo para alimentarse.

Para ello, lo primero es encontrar a la persona o persona a la que vamos a entrevistar. Debemos encontrar un lugar tranquilo, sin ruidos o interferencias, para la realización de la entrevista. Tal vez sea necesario más de un encuentro. Le explicaremos el motivo por el que queremos conversar con él o ella, y que vamos a grabar esos encuentros, por lo que vamos a pedirle permiso. Esto en investigación se denomina “consentimiento informado”. En la medida de lo posible, deberías grabar la entrevista, puedes usar la cámara del móvil apoyada en un pequeño trípode, no muy lejos para que el sonido sea bueno. Si no es posible grabar el video, utiliza la grabadora del móvil para recoger el audio. En este proyecto, resulta tan importante qué parte de memoria rescata- mos cómo la autoría de esa persona.

En esta conversación preguntaremos por los temas que nos interesan. Suele ser recomendable acudir con un pequeño guion de entrevista, en el que ordenamos ciertas preguntas, como las que sugerimos en la siguiente tabla:

Temas de entrevista	Ejemplos de preguntas
Memorias de los años del hambre	¿Puedes contarme que recuerdas de lo que algunos llaman el año o los años del hambre? ¿Cómo era la vida en aquellos años?
Carencias alimentarias	¿Recuerdas que alimentos no había o era muy difícil encontrar? ¿Había personas que si podían acceder a ellos o nadie? ¿De dónde conseguías la comida?
Las comidas en los años del hambre	¿Puedes contarme lo que recuerdas sobre lo que comías? Por ejemplo, ¿un día en el desayuno? ¿En la comida? ¿En la cena? ¿Se comía lo mismo en casa que trabajando fuera? ¿Había cambios dependiendo del momento del año? ¿Y la comida en las fiestas? ¿Cómo celebrabas tu cumpleaños? ¿La primera comunión? ¿Y navidad? ¿Puedes contarme sobre la comida en esos días de fiesta? ¿Cómo se repartía la comida en casa, quién se llevaba las mejores y las peores porciones? ¿Quién cocina y preparaba las comidas?
Recetarios de los tiempos del hambre	Me has contado un poco las comidas que comíais. ¿Podrías decirme un poco como se preparaban? Los ingredientes, las cantidades, los pasos para hacerla...
Estrategias de supervivencia	Y en esos tiempos tan complicados, ¿Qué se hacía para sobrevivir? ¿Recuerdas sobre las cartillas de racionamiento? ¿Puedes contarme cómo funcionaba aquel sistema? ¿Recuerdas si recibisteis ayuda del Auxilio Social? ¿Cómo era aquello? Y sobre el contrabando de productos o el estraperlo, ¿qué recuerdos tienes? ¿Oíste alguna vez de gente que salía a rebuscar comida? ¿Recuerdas alguna historia de gente que tuviera que robar o pedir comida?
Comidas extrañas	Se cuenta que en ocasiones la gente tuvo que comer comidas poco habituales, como hierbas en el campo, o animales como gatos, en ocasiones también alimentos en mal estado o adulterados. ¿qué recuerdas de eso? ¿Comiste alguna vez ese tipo de comida? ¿Qué recuerdas de aquello? ¿Qué se contaba en ese sentido? ¿Sabes de alguna familia que tuviera que hacerlo?
Impacto en el presente	¿Crees que hay alguna cosa de esos recuerdos que estén presentes ahora? Por ejemplo, ¿algún alimento que te desagrade o que comas mucho?



La siguiente fase es la del análisis de las entrevistas. En primer lugar, la vamos a transcribir para tenerlas en un texto que podamos analizar y trabajar sobre él. En este proyecto, vamos a intentar construir un espacio de memoria virtual sobre los años de la memoria del hambre, por lo que nos interesa producir diferentes tipos de materiales. Vamos a separar y ordenar las diferentes partes del relato en categorías que pueden ser los temas de entrevista que hemos propuesto, separando y ordenando el material.

En primer lugar, vamos a construir un pequeño libro con las recetas de ese tiempo por las que hemos preguntado. De acuerdo con la organización del/la profesor/a, vamos a recopilar en un libro el conjunto de todas esas recetas, indicando el nombre de la persona que nos la contó, los ingredientes, las formas de preparación. Se puede incluir algún pequeño fragmento de alguna historia de las que nos han contado. El resultado final debería aparecer disponible para difusión y descarga en alguna página web creada para la ocasión.

El profesor o la profesora o el grupo social o cultural en el que se inserte el proyecto, como parte de este proyecto, habrá creado un canal de YouTube que identificará como espacio de memoria virtual de los años del hambre. Ahí, junto con el resto de los compañeros/as, deberás subir el video de la grabación. Podéis decidir subir el video completo, o editado en pequeños cortes separados por el tipo de contenido. Es muy importante que identifiquéis a la persona que aparece en pantalla, indicando también el lugar de procedencia. Un ejemplo de esta parte la podéis encontrar aquí: <https://www.youtube.com/@memoriadelhambreextremadur2300>

Este proyecto persigue reconocer la memoria de los años del hambre como parte del patrimonio inmaterial de nuestra sociedad. Con el objetivo de acercar los recuerdos de nuestros mayores a las generaciones más jóvenes, te proponemos que subas parte de esos videos, en pequeños clips en forma de reels o videos de TikTok a estas dos redes sociales, de acuerdo con las indicaciones de tu profesor o profesora.

Foto 40: Infografía que describe cómo plantear el proyecto de investigación. Elaboración propia.

CONSE
JOS





TOMA CONCIENCIA

Acercarse al hambre ajena implica necesariamente pasar de la contemplación y el conocimiento a la acción, requiere compromiso y en ese sentido tiene siempre un componente político, en el sentido pleno de la palabra. Es difícil conocer el hambre de otros y no mostrar sentimientos de empatía y deseos de contribuir a erradicar esta lacra allá donde se encuentre.

En este sentido, debemos recordar que el número 2 de los Objetivos del Desarrollo Sostenible se denomina PONER FIN AL HAMBRE, con el propósito que para el año 2030 podamos crear un mundo libre de hambre. Sin embargo, las previsiones nos alertan que más de 600 millones de personas se enfrentarán al hambre en ese año.

Más allá del recuerdo y la memoria de los tiempos de escasez en la posguerra española, debes aprender a mirar la realidad del hambre, a descubrir cómo las causas van más allá de los discursos sobre desastres climáticos o falta de alimentos y que se trata de una realidad injusta que no sólo puede evitarse, sino que estamos obligados a erradicar.

SÉ EMPÁTICO Y CONTEXTUALIZA EN SU TIEMPO Y EN SU LUGAR

Adentrarse en la memoria de los tiempos de escasez alimentaria obliga a un acercamiento empático, que incluya la comprensión y evite los juicios de valor. Durante mucho tiempo, las personas han evitado hablar de aquellos tiempos debido al estigma o la vergüenza. Ha sido común esconder la memoria de esos tiempos por miedo al juicio moral de los otros. El desafío es entonces ofrecer un espacio para esta memoria que permita transformar la vergüenza en orgullo: a pesar de las dificultades, hicimos todo esto para salir adelante. En este sentido, necesitarás contextualizar en su tiempo y en su espacio acciones como los hurtos por hambre, las prácticas de contrabando o aquellas comidas que hoy vemos con asombro o disgusto. Evita tanto juzgar como quedarse solo en el asombro o el sensacionalismo. Todas esas prácticas culturales deben ser entendidas en su propio contexto histórico y cultural.



TEN CUIDADO CON LA INTERPRETACIÓN DE LAS IMÁGENES

Debes ser consciente que las imágenes rara vez son neutras. Muy al contrario, las imágenes cargan con historias, con un universo simbólico. En ocasiones, la dureza de las imágenes nos ayuda a ese proceso de toma de conciencia y de denuncia social: nos muestran la crudeza de un mundo injusto y desigual donde conviven el consumo desaforado, el desperdicio, pero también el hambre.



Sin embargo, en ocasiones nos pueden impulsar de manera contraproducente, arrastrando imaginarios erróneos. En muchas ocasiones vemos imágenes de hambriento que se muestran pasivos, esperando la ayuda con manos que esperan, dibujando etiquetas hostiles que los

deshumanizan y los hacen subsidiarios de la desgracia: por tener muchos hijos, por esperar la ayuda y no trabajar. Debes mantener siempre una actitud crítica ante estos discursos que hacen responsable a las víctimas. Aprovecha este espacio de memoria y discute conceptos como “síndrome de salvador/a blanco/a” o los códigos éticos y de conducta de las Ongs y agencias del desarrollo en relación con el uso de imágenes en ámbitos como la publicidad.



APRENDE A MIRAR LA HISTORIA DE LO COTIDIANO

Los espacios sociales de la alimentación son una ventana asombrosa para la interpretación cultural. Necesitarás un proceso de extrañamiento ante todas las cosas que, por cotidianas, has dado por sentado, has contemplado y naturalizado como propias del sentido común, pero que, sin embargo, responden a reglas culturales. En algunas de esas reglas se encuentra parte de la memoria de los años de escasez, pero hay mucho más. Ahora debes mirar con calma, preguntando ante esa cotidianidad: ¿por qué esto es así? ¿Quién realiza la compra o prepara las diversas comidas en tu familia? ¿Comes pan en todas las comidas del día? ¿Tiras comida que se pone mala en tu casa? ¿Cómo valoras cuando esto pasa? ¿Por qué mi abuela o mi madre siempre llenaban los platos de comida? ¿Cuántas comidas diferentes se preparan hoy en tu casa? ¿Cuántas veces comes al cabo del día? ¿Quién decide lo que se come? ¿Cómo son las comidas en días festivos? ¿Cuándo sales a comer fuera de casa? ¿Cómo son las comidas cuando celebras algo? A través de muchas preguntas cómo estas podrás encontrar respuestas a eso que llamamos cultura. Anímate a intentar responderlas, atrévete a intentar encontrar otras muchas.

RECUR
SOS



Sitios Web

<https://www.youtube.com/@memoriadelhambreextremadur2300>

<https://www.facebook.com/memoriadelhambre/>

Documentales

COOPERANTES , 2008. <https://sede.mcu.gob.es/CatalogoICAA/Peliculas/Detalle?Pelicula=70107>

África, urgencia contra el hambre , 2024 - Kenia y Camerún. Manos unidas.

<https://www.youtube.com/watch?app=desktop&v=PYAI1koD0fU>

El hambre: `Nos hartamos de algarrobas

<https://www.youtube.com/watch?v=3MABdgYJAgs&t=90s>

Pan Blanco, Pan Negro. La posguerra desde Granada

https://youtu.be/NIPUKUj7f6s?si=fB_10UDQiBgM316L

El hambre en el mundo explicada a mi hijo [https://www.cienciatk.csic.es/Videos/](https://www.cienciatk.csic.es/Videos/EL+HAMBRE+EN+EL+MUNDO+EXPLICADA+A+MI+HIJO_139.html)

[EL+HAMBRE+EN+EL+MUNDO+EXPLICADA+A+MI+HIJO_139.html](https://www.cienciatk.csic.es/Videos/EL+HAMBRE+EN+EL+MUNDO+EXPLICADA+A+MI+HIJO_139.html)

Desperdicio alimentario:

JUST EAT IT: A FOOD WASTE STORY (2014)

Los años cuarenta, España en el siglo XX en color.

<https://www.rtve.es/play/videos/espana-el-siglo-xx-en-color/anos-40/6759907/>

Hurdes, Tierra sin Pan.

<https://www.youtube.com/watch?v=q086F01bs6g&t=2s>

Libros

Banerjee, Abhijit y Duflo , Esther. *Repensar la pobreza: Un giro radical en la lucha contra la desigualdad global*, Taurus, 2012-

DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel. *Los" años del hambre": historia y memoria de la posguerra franquista*. Marcial Pons Historia, 2020.

Dikötter, Frank. *La gran hambruna en la China de Mao. Historia de la catástrofe más devastadora de China (1958-1962)*. Acantilado, 2017

Caparrós, Martín. *El Hambre*. Martín Caparrós, Editorial Anagrama, 2015

CONDE-CABALLERO, David; RIVERO JIMÉNEZ, Borja; MARIANO JUÁREZ, Lorenzo. *Vidas sin pan. El hambre en la memoria de la posguerra española, Granada, Comares*, 2023.

CONDE, David; MARIANO, Lorenzo. *Las recetas del hambre: La comida de los años de posguerra*. Editorial Crítica, 2023.

Ollikainen, Aki. *El año del hambre*, Libros del Asteroide, 2018

